

TERROR


escalofríos de
TERROR
RIP

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor. Cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, es simple coincidencia.

RALPH BARBY

EL AULLIDO DE LA BESTIA

colección
ESCALOFRÍOS TERROR Nº 8



Ediciones Olimpic S.L.
Apdº Correos, 9428
08080 - Barcelona

ISBN 84-7750-029-0

Depósito Legal: M-37.459-1987

1ª edición diciembre 87
1ª edición en América junio 88

Fotomecánica LOSER S.A.
Puerto Príncipe, 24
08027 - Barcelona

Imprime FUTURA - GIESA

Distribuye: R.B.A.
Pol. Ind. Zona Franca
Sector B, Calle B, nº 11
08004 - Barcelona

Donde la imaginación está ausente,
no hay horror posible.

Sir Arthur Conan Doyle

CAPÍTULO PRIMERO

No sé qué me ocurre, es un malestar demasiado grande, creo que no lo voy a resistir. Me duele todo el cuerpo. Siento como si mis huesos se descoyuntaran y toda la piel me escuece, me duele, es como si me estuviera quemando...

Me revolqué por el suelo frotándome contra las hojas muertas, contra la hierba silvestre, contra las ramas de los arbustos que tenía más cerca.

Jadeaba resoplando fuerte, como si necesitara mucho aire, como si tuviera que enfriar mi cuerpo porque se calentaba en exceso, como un motor mal ajustado que careciera del aceite suficiente.

Exhausto, quedé quieto al fin.

Quise decir algo y solo un gruñido bronco, amenazador, escapó de mi garganta. Alcé mis ojos y por entre las copas de los grandes pinos divisé una luna grande, perfectamente redonda, una luna luminosa y brillante que me dominaba, me obsesionaba.

—Qué hermosa, pero qué fría eres —me dije.

Como si me envolviera una súbita oleada de aire fresco y primaveral, como si las fuerzas regresaran a mí cuerpo, me levanté y empecé a caminar sin percatarme de que lo hacía a cuatro patas y no a dos. Ya no era el mismo. ¿Qué me había sucedido?

En aquellos momentos, ni siquiera acerté a preguntarme nada. No tenía conciencia de cuanto me ocurría.

Eché a andar, todo me parecía más conocido, más mío. Era el bosque que me cobijaba, un bosque lleno de árboles y arbustos, un bosque muy hermoso que en la noche de luna llena adquiría una dimensión fantasmal.

¿Una pesadilla?

No había respuesta para nada. No sentía miedo alguno. Mi olfato poderoso comenzó a percibir olores hasta entonces desconocidos. Seguí un rastro, aceleré mis patas y mientras la saliva se hacía más copiosa entre mis colmillos y mis grandes molares, que yo ignoraba entonces eran capaces de triturar los huesos más duros.

Mi nariz, mi olfato, la cúspide de mi morro hozó en la entrada de una madriguera de conejos. Sentí una gran frustración, una enorme sensación de fracaso. Podía imaginar que el conejo o la coneja, los pequeños gazapos, estaban temblando allí dentro, acurrucados en lo más hondo del agujero, temiendo que mis colmillos agudos y poderosos a un tiempo pudieran atraparles.

Mi frustración dio paso a la rabia, a un ansia apremiante de conseguir

carne caliente que morder, que destrozar entre mis colmillos.

Con las uñas de mis patas delanteras escarbé el agujero haciéndolo más y más grande, buscando el fondo, buscando a las pequeñas e indefensas presas que mi olfato me decía estaban dentro. Inútil. Lo agrandaba, pero el agujero central seguía siendo pequeño y ahondaba en la tierra.

Retrocedí. El olor de la presa era tan fuerte que me embriagaba, más nada podía hacer para conseguirla.

Alcé mi hocico hacia la luna llena como si fuera mi diosa, mi madre, y lancé un aullido largo, prolongado. Era un aullido de queja, de demostración de mi identidad.

Creo que todo el bosque se estremeció. Las pequeñas bestezuelas que lo habitaban temblaron ante el gran depredador.

Mi aullido cruzó entre cientos, millares de troncos de árboles, se filtró entre las hojas de las copas arbóreas, hojas de aguja, hojas rizadas, hojas de múltiples formas en el bosque frondoso.

Molesto por aquel mi primer fracaso, abandoné la maldita madriguera de conejos. Un enorme búho acalló su voz al verme pasar cerca del árbol en que se hallaba encaramado pon sus ojos grandes y vigilantes escudriñando las tinieblas en busca de su presa que eran los roedores nocturnos.

El búho, como lechuzas y autillos, gozaba del privilegio del silencio en sus movimientos. Yo era más grande, más pesado, hacía más ruido y todo mi cuerpo me delataba con un olor peculiar que nada más ser olfateado por mis presas, las aterrorizaba.

Avancé entre hojas y arbustos como si lo hiciera por la galería de una cueva. Tras mi largo aullido de queja y también de advertencia, noté a mí alrededor un silencio opresivo que me aislaba.

El bosque me temía y sus habitantes se habían puesto a salvo de mis colmillos. Aguardaban mi paso con ojos aterrados pero inmóviles, deseando que el tufo que desprendía mi odiado cuerpo peludo, negro y gris, se alejase, disipándose.

Una mezcla de olores ajenos al bosque excitó mi olfato y mis patas aceleraron su avance.

Olía a goma, a gasolina quemada, a seres humanos, y ese olor me excitó aún más. La presa no estaba lejos y la luz plateada del plenilunio semejaba guiarme hacia mi destino, hacia la sangre, hacia la muerte.

Aceleré aún más mi marcha. Las ramas bajas de los árboles y arbustos me azotaban en mi carrera, pero nada ni nadie impediría mi avance y tampoco lo retrasaría.

Al fin, lo descubrí. Era un automóvil descapotable, un novísimo “Ford” del 19 de color rojo. Estaba en un claro del bosque al que se llegaba por un camino de tierra apto para automóviles. Dentro del coche había un hombre y una mujer, besándose.

Al verlos, me detuve, clavando en la tierra mis patas delanteras. Mis ojos amarillos les escrutaron mientras mis fauces se separaban dejando al descubierto las poderosas mandíbulas de que estaba dotado, colmillos grandes y estremecedores, molares destructivos. Noté mi propio jadeo.

Me sentí terriblemente excitado, respiraba fuerte, mi cuerpo temblaba. Lo que tenía delante no era una pequeña bestezuela del bosque, tenía a dos seres humanos, mis enemigos atávicos y seculares.

Fue la mujer quien me descubrió, quien primero se fijó en mis ojos amarillos y oblicuos, ojos sin piedad, ojos de cazador carnicero, mirada de depredador, mirada también de odio. ¿A cuántos hermanos míos habían matado los humanos? ¿Cuántos de mis hermanos lobos habían caído en los cepos de acero viendo quebrados sus huesos por los agudos dientes de acero?

Ella se horrorizó al ver mis colmillos. Debió comprender de inmediato que yo no era un perro con aspecto de lobo, mis mandíbulas eran otra cosa.

—¡Philip, un lobo! —chilló la mujer.

El hombre, en principio, se mostró incrédulo. Estaban sentados en el asiento posterior para estar más cómodos. Debió pensar que se trataba de una broma, pero en cuanto me vio, se alzó por encima del respaldo del asiento. Consiguió hacerse con una pistola, pero yo ya había hecho mi salto de caza y su mano armada quedó en el aire. Mis fauces le atraparon la muñeca de la mano armada y sus huesos crujieron entre mis mandíbulas.

La mujer siguió gritando. Consiguió abrir la puerta y escapó del vehículo mientras yo luchaba con el hombre. Era fuerte aún habiéndose quedado sin una mano, porque yo le había destrozado la muñeca que la sustentaba. Con el otro puño me golpeó, noté sus golpes en el costado, pero encajado en el coche, no podía ejercer la fuerza que él hubiera deseado para librarse de mí.

En uno de los giros de mi cabeza, vi a la mujer con mis ojos amarillos. Se aterró más aún al ver cómo asestaba la dentellada mortal al cuello del hombre.

Mis colmillos se hundieron en la carne humana y casi al mismo tiempo que los colmillos superiores se cruzaban con los inferiores para cortar, sacudí mi cabeza con tal violencia que arranqué un pedazo de aquel cuello. La sangre brotó, salpicándolo todo.

El hombre apenas pudo gritar. Luego, fueron gorgoteos y su cuerpo quedó inmóvil mientras sus piernas daban patadas espasmódicas contra el respaldo del asiento delantero. Los ojos se le vidriaron con rapidez.

Quedé con las patas delanteras sobre el cuerpo de mi presa que se desangraba ya muerta. Levanté mi morro al cielo, me encaré con la luna y aullé con toda la fuerza de mis pulmones.

Aullé para que todo el bosque pudiera oírme, para que todos los

habitantes supieran que yo era el rey, el más fuerte, el más poderoso, el más temible.

La luna llena no se ocultó, entre los árboles. Pareció agradecer aquel aullido que yo le ofrecía como reina y señora de la noche, de todas las noches, de todas las tinieblas que se habían enseñoreado de la tierra durante milenios, millones de años.

Cuando el prolongado y penetrante aullido se extinguió en mi garganta, volví la cabeza buscando a la mujer. Era muy joven y hermosa, una mujer de largos cabellos de oro que bajo la luna llena parecían aún más claros, como aleados con plata.

La hembra humana no estaba, había huido corriendo. Salté del coche abandonando la presa cazada, y fui en pos de la mujer. Mi olfato me conducía a ella sin posibilidad de perder su rastro. Era demasiado reciente, un rastro perfumado que no podía confundirse con nada dentro del bosque.

Por el sendero que descendía hacia el río corrí tras ella y no tardé en divisarla. Su vestido rosado era muy claro y destacaba entre árboles y arbustos, y más su larga cabellera.

Jadeante, despavorida, volvió la cabeza. Al verme, volvió a chillar pidiendo auxilio, un auxilio que nadie iba a prestarle. Mi olfato me aseguraba que ningún otro humano había alrededor.

La mujer trataba de llegar al río para lanzarse a él, así esperaba escapar de mí.

Una pendiente alfombrada de húmeda hierba terminaba en el pequeño río poco caudaloso.

Qué lenta era la hembra humana... ¿Cómo podía pretender escapar a mí acoso y ataque? Clavé mis poderosas patas traseras en el suelo, encogí los músculos de mis patas, los disparé luego y me lancé al aire en un salto grande y hermoso bajo la luz lunar.

Mis patas golpearon la espalda de la fugitiva. Con el impulso que llevaba y el peso de mi poderoso cuerpo, la derribé con suma facilidad.

Pasé por encima de ella sin aplastarla y llegué hasta la mismísima agua del río. Entonces di media vuelta y avancé despacio hacia ella que se había revuelto sobre la hierba.

Me miró angustiada.

El plenilunio iluminaba la brillante cacería, el rostro de la hembra humana, desesperado pero muy hermoso.

—¡No, Dios mío, no! —chillaba.

Intentó retroceder de espaldas, sentada sobre la hierba, incapaz de ponerse en pie.

Llegué sobre ella. Aterrorizada, tuvo que soportar mi fuerte y caluroso aliento, aquel aliento que salía de mis pulmones y pasaba entre mis colmillos ensangrentados por la reciente muerte del hombre.

Me golpeó con sus puños de hembra delicada y frágil, no noté el más mínimo dolor.

Acerqué mi boca a su pecho y cogí con los colmillos su vestido por el escote. Lo arranqué con violencia, lo rasgué una y otra vez hasta destrozarlo. Ella gritaba y gritaba, me golpeaba con sus puños y a cada instante esperaba recibir la dentellada final, como se hendían mis colmillos en su piel blanca, en sus carnes de hembra.

Destrocé todo su vestido hasta desnudarla, hasta dejar todo su cuerpo blanco a la luz de la luna llena.

Mi jadeo se hizo más intenso. Me sentí fuertemente atraído por la bellísima hembra humana.

Saqué mi lengua por entre los colmillos y comencé a acariciarla. Ella se estremecía llena de horror, pero yo no le había causado herida alguna.

Acaricié aquel cuerpo con mi lengua húmeda, lamí sus pechos, su vientre, sus tersos muslos, su pubis. Ella ya no me golpeaba con sus puños, jadeaba toda trémula.

Yo trataba de calmarla con mis caricias, pero resultaba imposible. Había salivado con mi lengua todo su cuerpo cuando me coloqué sobre ella con mis patas delanteras sobre sus clavículas por encima de sus redondos pechos, y mis patas posteriores separando sus piernas de piel cálida.

Estaba enteramente a mí merced. Lo que menos deseaba ella era morir y para mí habría sido tan fácil degollarla de una dentellada...

Volví a levantar mi boca terroríficamente armada hacia la luna llena y aullé con fuerza. Era el amo del bosque, el dueño de la hembra humana que yacía bajo mi cuerpo.

Ella intuyó muchas cosas y gritó horrorizada.

—¡Nooo, Dios mío, nooo!

CAPÍTULO II

Cuando Shirley despertó, estaba tan pálida como si su rostro hubiera sido cincelado en mármol. Despertó con un profundo sobresalto, pero no recordaba haber tenido ninguna pesadilla.

Se hallaba en un amplio, mullido y alto lecho, una cama desconocida para ella con dosel y cuatro columnas de madera tallada para sostenerlo.

La estancia era demasiado grande para sentirse a gusto en aquel dormitorio. La decoración y los muebles eran suntuosos y recargados.

Por tres grandes ventanales se filtraba la luz del día a través de unas cortinas.

Se abrió una de las dos puertas que tenía la amplísima alcoba y apareció una mujer alta, de cabello negro y ojos gris claro. Tendría unos treinta años, quizás algunos menos, pero aparentaba más por la forma de vestir y peinarse.

Entre sus manos llevaba una bandeja con una tetera, una taza con leche y un plato con pastas.

Shirley, que se sorprendió de su desnudez bajo las sábanas, se protegió los senos con el embozo de la sábana y miró interrogante a la desconocida que la obsequió con una fría sonrisa antes de preguntarle:

—¿Cómo se encuentra?

—No lo sé. ¿Quién es usted?

—Soy frau Nahama, el ama de llaves. Es usted americana, ¿verdad?

—Sí. ¿Dónde estoy?

—En el palacete del duque de Vollmond, está usted a salvo. Será mejor que desayune y recupere fuerzas, dentro de un par de horas vendrá la policía.

—¿La policía?

—Sí. El propio señor duque la ha encontrado desvanecida en el bosque.

—¿El duque, dice?

—Sí, daba su paseo matinal a caballo cuando la ha descubierto y, desgraciadamente, también ha encontrado el coche.

—¿El coche? ¡Dios mío, Philip!

En vez de coger la bandeja con sus manos, Shirley se cubrió el rostro con ellas.

—Tiene que recuperarse, ya nada se puede hacer. Estaban buscando al lobo.

—¡El lobo, qué horror, Dios mío, qué horror!

—Lo vio, ¿verdad? —preguntó Nahama sentándose con actitud

protectora y amistosa en el borde de la cama sin dejar de sostener la bandeja con el desayuno de la muchacha.

—Sí, sí lo vi —asintió entre sollozos.

—Dicen que era muy grande.

—Enorme. Jamás pensé que pudiera haber un lobo tan grande, tan feroz, tan... —sollozó convulsivamente.

—Han llevado perros para seguir su rastro y hombres a caballo dan la batida por el bosque, pero no será fácil que alcancen a esa fiera que en una sola noche puede recorrer hasta doscientas millas. ¿Quién podrá encontrarle, si se ha ido tan lejos?

—Tienen que matarlo, es horroroso.

—Tuvo usted mucha suerte, señorita. Sé qué le destrozó las ropas, pero no llegó a morderla, debió huir a causa de algún ruido o acaso pasaba alguien cerca y pudo olfatearlo. Esas bestias del infierno huelen las armas que llevan los hombres y las temen. Yo siempre he dicho que tienen la inteligencia del diablo, saben cuándo corren peligro y más el gran lobo.

—Es enorme, monstruoso —dijo Shirley.

—No es la primera vez que mata. Luego, desaparece durante algún tiempo y reaparece cuando menos se le espera. Ahora ya no hay que temerle porque habrá huido por temor a ser abatido por los disparos. Es un lobo diabólicamente listo. Pero, vamos, tome algo, ha de recuperar fuerzas.

—¿Y mi vestido?

—Oh, está todo desgarrado. Le traeré alguno del ropero de la casa, espero que le vaya bien. No es seguro que le guste por la moda, pero le servirá.

—Sí, gracias —aceptó la joven mientras tomaba té con leche en la propia cama. Se tocó la piel, estremeciéndose, y preguntó después—: ¿Hay cuarto de baño?

—Sí, está ahí —señaló la otra puerta que había en la alcoba—. Dentro del baño verá otra puerta; cuando esté dentro, corra el cerrojo, esa puerta da a otra habitación. Es un baño para dos alcobas.

—Me vale, muchas gracias.

—Voy a buscarle los vestidos para que escoja el que prefiera. El señor duque ha ordenado que se la atienda como merece.

—Fue el duque quien me encontró en el bosque, ¿verdad?

—Sí, en su paseo matinal. Le gusta pasear cada mañana a caballo cuando viene a este palacete.

Shirley pensó que no era conveniente hacer más preguntas en aquellos momentos. Todavía estaba aturdida y aterrorizada por lo sucedido.

Envuelta en una bata que habían dejado a su alcance, fue hasta el baño. Entró en él y notó que allí había estado alguien poco antes. Vio una navaja barbera, jabón de afeitar y una toalla húmeda.

—¿De quién será esto?

Miró la puerta que daba a otra alcoba. Estuvo a punto de abrirla con curiosidad femenina, pero optó por correr el cerrojo. Encima de la gran bañera de pantufla había dos enormes grifos dorados. Probó los dos y comprobó que por uno de ellos salía agua humeante, muy caliente.

—¡Qué lujo! —se dijo.

Se bañó y enjabonó toda, sentía asco de sí misma. No quería recordar lo que le había sucedido, quería correr un tupido velo para siempre, un velo espeso e impenetrable que debía durar hasta después de su muerte.

Se lavó como si pretendiera arrancarse la piel del cuerpo.

Cuando abandonó la bañera, avanzó desnuda hacia el espejo y se contempló a sí misma. Descubrió unas marcas, marcas de heridas apenas perceptibles por encima de sus hermosos y turgentes senos y justo por debajo de las clavículas.

—Las patas del lobo... No, Dios mío, no me dejes recordar, no quiero recordar, no...

Alargó su mano y cuando quiso darse cuenta, tenía la navaja barbera abierta, con el filo colocado sobre su propio cuello.

El acero brillaba sugerente. Bastaría un rápido golpe sesgado y habría dejado de sufrir. Saltaría la sangre a su alrededor, sus piernas se doblarían y desnuda como estaba, se desplomaría sobre el suelo de gruesa y brillante madera barnizada.

Todos comprenderían su trágica decisión, pero no lo hizo. La navaja cayó al interior del lavamanos y se apartó de ella horrorizada.

—Soy joven, no quiero morir, no quiero.

Cuando regresó a la alcoba, cerró la puerta que daba al cuarto de baño y automáticamente quedó libre la otra mediante un elaborado sistema de cables.

Sobre la cama descubrió varios vestidos. Uno era blanco, otro lila oscuro y el tercero, verde. Escogió el lila oscuro, quizás por respeto a la reciente muerte de Philip.

No era su talla, pero se acercaba bastante. Era algo largo para su gusto y de escote muy pronunciado.

Cuando se lo hubo ajustado, comprobó que sus atractivos senos quedaban muy realzados.

—Le sienta muy bien, señorita Shirley —dijo Nahama al verla.

La obsequió con una mirada agradecida. La verdad es que Nahama, con su vestido marrón oscuro, no estaba nada atractiva; sin embargo, aquella mujer debía poseer un cuerpo hermoso que no se preocupaba de realzar en absoluto.

—¿Ha llegado ya la policía?

—Aún no, pero estará al llegar. Si me hace el favor de seguirme, le

presentaré a los otros invitados del señor duque.

Shirley no estaba segura de encontrarse bien ni siquiera de saber lo que debía o no hacer. Había corrido un impenetrable velo en su mente para no recordar lo ocurrido la noche anterior ni su posterior deseo de suicidarse. Ahora, seguía a la fría y misteriosa ama de llaves de aquel palacete de verano del duque de Vollmond.

La condujo por un amplio corredor hasta la escalinata que descendía al salón. Allí, un hombre tocaba el piano. Había rumor de voces, por lo que cabía deducir que no se trataba de un concierto.

Educada en América, Shirley se había criado en una casa grande y lujosa y había pasado por otras de familiares y amigos, grandes y hermosas también, pero el palacete del duque, aquella casa centroeuropea, era distinta, más regia, más suntuosa, como más auténtica.

Había varios grupos de hombres y mujeres mayores conversando entre ellos. Todos miraron hacia la americana. Shirley estaba asustada y se le notaba en el rostro.

Nahama creyó que sería demasiado presentársela a todos y optó por presentarla a los más jóvenes. Luego, ellos ya la irían presentando a los demás, aunque sabía que Shirley no tenía muchos deseos de charla.

En unas butacas en torno a una mesita se hallaban dos hombres jóvenes y una mujer también joven y hermosa, de cabellos castaños, ojos ver de oscuros y gran elegancia natural que le sonrió.

—El señor Rudolph Borg...

Borg no era muy alto. Tenía una tez pálida y la mirada algo triste, mirada que se avivó al descubrir a Shirley. Vestía impecable, lazo, chaleco brillante y media levita oscura.

—Celebro conocerla.

—El señor Klaus Sartevich...

Klaus Sartevich tenía una cara redonda, cabellos lacios rubio ceniza y ojos pequeños muy inquisitivos. Pese a su juventud, sostenía una permanente sonrisa escéptica.

—Sabemos por lo que ha pasado. ¿Cómo se encuentra?

—Mal —reconoció Shirley.

—En ese caso, para una mujer, nada mejor que un jerez —propuso Rudolph Borg que estaba atento.

Shirley se encaró con Estefanía Nelson, la mujer de los ojos verdes, y como buscando un punto de coincidencia para no sentirse tan extraña en aquellas tierras, le preguntó:

—¿Americana?

—No, soy austríaca. Mi padre era inglés, murió hace tiempo.

—Lo siento.

—No se preocupe, querida, era yo una niña cuando ocurrió el accidente

y ya está olvidado.

Rudolph Borg entregó la copa de jerez a Shirley. Esta no la hubiera bebido de no sentirse forzada.

—Yo conocí a Philip Morgan —dijo Rudolph Borg.

—¿De veras?

—Sí, fue en París. Creo que él estaba haciendo un estudio sobre varias obras de arte para una galería de Nueva York. Yo soy pintor.

—Pero no es un bohemio —puntualizó Klaus Sartevich. Y con una sonrisa sarcástica, añadió—: Le gusta vivir muy bien.

—Él es un escritor, un buen poeta, pero tampoco un bohemio. Heredó buenas rentas de su familia, claro que si visita demasiado Montecarlo se verá obligado a convertirse en un bohemio y sus poemas mal podrán ser editados, porque ahora los edita pagándoselo él.

—Y tus cuadros, Rudolph, ¿dónde los expones?

—Todavía no estoy maduro para una buena exposición —replicó el pintor algo molesto.

—Por favor, no seáis chiquillos —pidió Estefanía Nelson—. Querida, tendrás que contarnos lo ocurrido.

—Pues la verdad es que no me acuerdo casi de nada.

—¿Cómo viajabas sola de noche con Philip?

—Era mi guía. Tengo que comprar una casa con valores artísticos para mí familia que está en América y Philip era un experto en arte.

Estefanía deseaba hacer más preguntas, pero la llegada de la policía se lo impidió.

Un hombre de unos cincuenta años, de media estatura, fuerte, calvo y con los ojos muy hundidos, se les acercó acompañado del ama de llaves.

Tras él caminaban dos hombres también vestidos de oscuro, dispuestos a escuchar y a ser testigos de lo que se dijera. Estaban preparados para escrutar gestos y emociones que luego podrían comentar con su jefe.

—Señorita Shirley, el comisario Urbild —le dijo Nahama.

—Me han informado de que no ha sufrido usted daños físicos, que fue atacada pero que gracias a Dios no le pasó lo que al hombre que la acompañaba.

—Así es. Fui atacada por esa bestia monstruosa y perdí el sentido. Poco puedo decir, porque luego he despertado en este palacete.

—¿Vio usted bien a esa bestia de la que habla?

—Sí, sí, la vi bien y no la olvidaré jamás.

—¿Puede describírnosla? —preguntó el comisario Urbild.

—¿Cómo va a ser? —intervino Rudolph Borg—. Un lobo grande.

—Eso es, un lobo feroz sediento de sangre —añadió el escritor Klaus Sartevich.

—Por favor, caballeros, les agradeceré que dejen explicarse a la

señorita, o tendré que llevármela a solas al gabinete.

—No es necesario, tengo muy poco que decir —puntualizó Shirley—. Philip Morgan había detenido el coche, creo que dijo que el radiador se había calentado, bueno, yo no entiendo de coches, el caso es que nos paramos. Yo no conozco estas tierras, saben que soy americana, y de pronto apareció ese monstruo. Les juro que he visto lobos en América en un viaje que hice al Canadá, pero un lobo tan grande no lo había visto jamás.

—Descríbanoslo lo mejor posible. Por estas tierras han muerto ya varias personas atacadas por los lobos y nos gustaría saber si es concretamente un lobo asesino o se trata de diferentes lobos.

—Este es muy grande.

—Sí, un experto en lobos nos ha dicho que por las huellas podría pesar unos ochenta kilos.

—Imposible, no hay lobos de ese tamaño —re batió Klaus Sartevich.

—Se harán más investigaciones —advirtió el comisario Urbild—. Por el destrozo causado en la garganta de su víctima sabremos el tamaño de su boca y de toda su dentadura.

—Yo no puedo saber lo que pesaba, pero es muy grande —insistió Shirley.

—¿El color del pelaje?

—La noche engaña mucho con los colores, pero creo que era negro y gris.

—¿Algún detalle más que recuerde?

—Yo no sé cómo explicarlo —dijo dubitativa y todavía impresionada—, pero sus ojos me parecieron inteligentes.

—¿Unos ojos inteligentes? —repitió una de las mujeres mayores que estaba allí cerca, muy atenta al pequeño interrogatorio—. Qué tontería, un lobo jamás es inteligente.

—Pues ese lobo lo parecía y por eso da más miedo aún —repitió Shirley, vehemente.

La mujer mayor, a su vez molesta por la réplica, preguntó en tono maligno:

—¿Y por qué supone que es inteligente ese lobo asesino, porque mató al hombre y a usted en cambio no le hizo nada?

—No sé qué pasó, perdí el sentido, ya lo he dicho.

—La mejor manera de saber cómo es, será pintándolo Rudolph.

Todos se volvieron hacia la puerta por la que acababa de entrar el duque de Vollmond.

Ante la imponente presencia del aristócrata, Shirley quedó vivamente impresionada.

Alto, no tendría treinta años aún. Vestía impecable, con gran elegancia

y sobriedad a la vez. Una larga capa le daba un aire majestuoso y se cubría la cabeza con una media chistera que acababa de quitarse.

Sus ojos eran grandes, intensos, de color miel. Se cubría el labio superior con un bigote cuidado no muy grueso y su mandíbula era fuerte, recia.

—¿Pintarlo yo, cómo? —preguntó Rudolph, sorprendido.

—La señorita que es ahora mi invitada —dijo el duque, acercándose a ellos—, lo ha visto y muy bien. Ella puede ir dándote indicaciones de cómo es ese lobo que mata en mis tierras.

Rudolph, quiero el retrato de ese lobo para colocarlo ahí sobre la chimenea—. Señaló donde ya había otro óleo con un motivo de caza.

—Para pintarlo, preferiría verlo con mis propios ojos —replicó Rudolph Borg.

El duque de Vollmond se acercó mucho a Shirley. La miró con sus ojos grandes, intensos, de color miel, y le preguntó:

—Le dará los detalles que precise, ¿verdad? Rudolph es un magnífico pintor.

—Sería bueno tenerlo pintado —admitió el comisario Urbild—. Se le conocería mejor; no obstante, salvo el tamaño, no creo que haya diferencia entre un lobo y otro lobo.

—Si solo se trata de describir lo que vi, lo haré, aunque no quisiera ser un estorbo en este palacete. Lo primero que debería hacer es ponerme en contacto con mi familia en América.

—No tema, y también será informada de cuanto sea necesario. Considere esta mansión como su casa, señorita Shirley.

Ella sintió que el duque la ganaba por momentos, la seducía sin proponérselo. Era un hombre que subyugaba a cuantos pudiera alcanzar su influencia. Bastaba mirar a Estefanía para darse cuenta de que estaría dispuesta a hacer lo que él le pidiera.

—Señor duque, ¿no ha habido suerte en la batida? —preguntó el comisario Urbild.

—Desgraciadamente, no. Es curioso, pero las huellas desaparecen como si se las tragara la tierra, hasta los perros quedan desconcertados, pero una docena de hombres siguen batiendo el bosque en su búsqueda. Quizás sí sea tan inteligente como la señorita asegura y ahora estará muy lejos sabiéndose perseguido. Primero tendré el cuadre de ese lobo sobre mi chimenea, pero algún día lo tendré a él. Lo llevaré al mejor taxidermista para que lo diseque y lo colocaré en este salón para que todos puedan verlo sin temor y así se habrán terminado sus fechorías. Ahora, les ruego me disculpen, tengo que cambiarme.

Hizo un gesto de despedida y se alejó hacia la escalera, subiendo por ella seguido por las miradas de todos.

CAPÍTULO III

Los hombres que formaban el grupo de cacería del gran lobo acamparon en un claro junto a un manantial en lo que parecía el lugar más recóndito del bosque.

Había hombres del pueblo y servidores del duque. Entre ellos también había un representante de la ley, el alguacil Walter Rainen, un hombre alto, fornido, ancho de espaldas aunque abultadas en exceso, como cargado de omoplatos. Años antes había sido un hombre muy erguido que se había hecho de temer.

Su rostro grande, surcado por infinidad de arrugas y algunas cicatrices conseguidas en reyertas, era de pocos amigos, pero desde su encuentro con el gran lobo, el alguacil Rainen tenía el gesto más hosco, la mirada más torva y un permanente rictus en su boca como de hombre dispuesto a pelear, a saltar sobre sus enemigos con el ansia de destrozarlos. Nadie quería tener broncas con el alguacil Rainen y menos cuando andaba bebido.

Todos sabían que nadie podía odiar más al gran lobo que aquel hombre torturado. El gran lobo le había matado a la mujer y al hijo y a él mismo, de una dentellada, le había arrancado la mano izquierda, pero había salvado la vida y el alguacil Rainen se había jurado no morir hasta matar al gran lobo.

En el umbrío pueblo montañés, todos se habían acostumbrado a ver al alguacil Rainen con el brillante garfio en su mano izquierda, un garfio que solo mirarlo estremecía.

Había estado a punto de ser despedido de su puesto después de lo ocurrido, pero aseguraban que el alguacil había entrado en el despacho del alcalde, cerrando la puerta tras de sí.

Walter Rainen no era hombre que suplicase, todo lo contrario, y se suponía que más que sus palabras había sido el garfio que nacía en el muñón de su antebrazo izquierdo el que había convencido al alcalde de que debía continuar en su puesto de alguacil, y lo cierto es que no había tenido que arrepentirse de ello. Walter Rainen había cumplido celosamente con su cometido. Su mano derecha le permitía escribir sin problemas y todos temían a aquel garfio, por lo que aún era más respetado que antes.

Se le temía y se le obedecía, aunque en ocasiones, bebía y decían que era para olvidar a su mujer, a su hijo y la mano perdida. Nadie se lo reprochaba, pero en tales casos procuraban apartarse de él.

En noches solitarias, por las oscuras calles del pueblo, se le había visto pasear muchas veces protegido con su capa con cadena dorada y el sombrero de copa alta con la hebilla también dorada y la cinta roja que le

identificaba como alguacil.

Era una sombra conocida a la que nadie se acercaba. Los niños se estremecían al verle pasar, al ver su sombra recortarse contra las paredes de piedra de las casas, ya fuera por proyección de la luna o de las antorchas o farolas. Para las madres de aquellas tierras, la presencia del alguacil les aseguraba que sus hijos se encerrarían en sus habitaciones para dormir.

El garfio de acero revestido de plata estaba siempre brillante, el alguacil Rainen se cuidaba de que reluciera. No lo ocultaba como quien trata de encubrir una falta, una mutilación, una carencia, él lo ponía de relieve y ahora, a la luz de la fogata, lanzaba destellos.

No habían cazado al gran lobo, pero sí a un pequeño venado que tras ser desollado, abierto en canal y limpiado, estaba siendo asado por uno de los hombres que formaban el grupo y que tenía fama de buen cocinero.

Desde que el duque de Vollmond había abandonado el grupo de cacería para regresar al palacete con sus dos criados de confianza, el alguacil Rainen se había quedado al mando del grupo, pero no hablaba, estaba como reconcentrado, y su rostro adquiría una extraña rojez a la luz de las llamas.

Uno de los hombres que allí vivaqueaban estiró su mano armada con un cuchillo para arrancar un pedazo del asado que olía ya muy bien, pero se alzó el siniestro gancho del alguacil Rainen y cayó sobre el anca del pequeño venado. Era una advertencia, una demostración de que él era el primero en todo.

El hombre que había tratado de adelantársele cogiendo la mejor parte, se echó atrás aprisa y temeroso. El alguacil Rainen le lanzó una mirada amenazadora con sus ojos enrojecidos por las borracheras ocultas y continuadas que le marcaban y sonrió despectivamente con sus labios gruesos y brutales.

El gancho arrancó un pedazo de carne con suma facilidad. Se lo llevó a la boca y comenzó a comer. Los demás, en silencio, se miraron entre sí y tomaron parte del asado.

El alguacil Rainen no perdía el hambre si además lo que tenía a su alcance era carne. Siempre había sido un hombre fornido y poderoso, de grandes labios y mandíbula abultada.

Cenaron en silencio. El asado desapareció por completo. Los desperdicios y vísceras fueron a pasar a los perros que acompañaban a la partida.

—Que haya buena leña para que no falte fuego en toda la noche —gruñó el alguacil Rainen.

Sujetos los caballos junto a los canes, los hombres se dispusieron a dormir el resto de la noche.

El alguacil se acomodó en la base de un añoso roble y se envolvió con su gran capa.

Se inició el aullido de un lobo. No podía decirse que estuviera muy cerca de ellos, pero se le podía oír con claridad.

El alguacil se incorporó y volvió a escuchar. Los caballos relincharon asustados y los perros comenzaron a ladrar con nerviosismo.

—¡Arriba, todos arriba! —ordenó imperativo con su voz cargada—. ¡Arriba, el lobo está en el monte! ¡Nos vamos a dividir en tres grupos para atraparlo, no puede escapar!

El lobo siguió aullando para comunicarse con otros lobos, para delatar su presencia y dominar la noche con su aullido, con el temor que se le tenía.

—Vosotros id por la vereda del robledal —ordenó a tres de los hombres. Luego dijo a tres más—: Vosotros, seguid por el camino del río. Y vosotros dos, venid conmigo, iremos de cara, hay que atraparlo. Que no escape, aunque los caballos revienten.

Las armas fueron preparadas para poder utilizarlas nada más apareciera el lobo.

El alguacil Rainen jadeaba sobre su caballo, un caballo que acusaba los más de cien kilos de aquel hombre colmado de deseos de venganza.

La luna era muy buena para cabalgar en la noche, casi un plenilunio. El gancho de plata del alguacil brilló al reverberar la fría luz lunar.

Las ramas bajas de los árboles golpeaban a los jinetes mientras los perros, ladrando, semejaban escurrirse entre las patas de los caballos.

Si alguien conocía bien aquellos bosques era el alguacil Rainen y también parecía saber lo que podía hacer un lobo en situación de acosado. Le cortarían la huida y lo atraparían, tenían que atraparlo.

—¡Maldito hijo del infierno, te atraparé! —rugió casi sin aliento.

El lobo no podía esperar ser acorralado de aquella forma. La huida de unos perseguidores le conducía a otros. Las tinieblas de la noche estaban de su parte, árboles y arbustos le ayudaban a escapar de las miradas de los perseguidores, pero no de los perros, envalentonados por la proximidad de los hombres.

Sonaron los primeros disparos y corrieron el riesgo de balearse entre ellos.

—¡Ya lo tenemos! —gritó uno de los que habían escogido la ribera del río.

El bosque semejó rebullir. Perros, caballos y jinetes coincidieron en una hondonada. Los canes ladraban furiosos, envalentonados, sabiéndose ya vencedores en la cacería.

El alguacil Rainen frenó a su caballo que ya tenía el belfo lleno de espuma por el esfuerzo que había realizado para transportar a su amo entre árboles y pendientes hasta aquel lugar iluminado por la luna.

Herido de bala en una de sus patas traseras y en el vientre, el lobo se

defendía lanzando dentelladas contra los perros que a su vez trataban de morderle saltando hacia él, pero retrocediendo de inmediato, pues sus mandíbulas estaban lejos de ser las de aquel lobo que manchaba la tierra con la sangre que iba perdiendo por las múltiples heridas causadas por varios de aquellos canes al servicio del hombre, su ancestral enemigo.

La fiera se iba debilitando y los perros cada vez se le lanzaban más encima con intenciones de despedazarlo. Todos tenían los ojos inyectados en sangre.

El lobo sabía que había llegado su hora, que iba a morir, pero no bajaría la cabeza, no se entregaría. Lucharía hasta que las últimas fuerzas le abandonaran.

Cualquiera de los hombres allí reunidos podía rematar al lobo acorralado y ya herido de muerte, pero ninguno usó el arma. Sabían que aquel privilegio lo quería para sí el alguacil del gancho de plata.

El alguacil descabalgó y avanzó abriéndose paso entre las fauces agresivas y ensangrentadas de los perros.

—¡Fuera, fuera! —les gritó.

—¡Cuidado, alguacil, puede morderle aún!

No hizo caso de la advertencia.

Su figura corpulenta, cubierta con la larga capa y con aquel sombrero que le hacía más alto, avanzó hasta quedar a escasa distancia del lobo.

Quedaron frente a frente.

Había rencor, odio, deseos de venganza en los ojos del hombre, y en los ojos amarillos del lobo, no había rendición ni súplica alguna.

—Hijo de puta —masculló el alguacil con su voz rota por las continuadas borracheras.

Alzó su mano derecha, la única que tenía, atrayendo la atención del lobo herido y todavía mordido por aquellos perros cazadores que querían hacer méritos demostrando que tenían la suficiente valentía para clavar sus colmillos en la piel del lobo.

La bestia lanzó sus mandíbulas tratando de alcanzar la mano del alguacil, pero estaba demasiado herida, su cuerpo sangraba por todas partes y sus patas posteriores no le obedecían. Como ya había previsto el alguacil, la fiera resultó demasiado lenta para conseguir clavar sus grandes y poderosos colmillos en la mano del hombre.

El gancho de plata brilló a la luz de la luna antes de caer en la base de la nuca del lobo que quedó así enganchado.

El lobo olvidó la mano que no había podido atrapar con sus fauces. No pudo ni sacudir la cabeza con el gancho que se le introducía por la base del cerebro hacia el interior de la boca.

Miró a su matador, lanzó un corto aullido, esta vez de muerte, y Walter Rainen notó todo el peso de la bestia en su gancho. La sangre apareció en

su morro.

—Hemos matado a un lobo, pero no al gran lobo —mascullo.

—El gran lobo ya no estará aquí —opinaron los otros hombres de la partida.

—Es posible.

El alguacil sacó un enorme cuchillo y con él decapitó al lobo que seguía con la cabeza enganchada por el garfio de plata.

—Es bueno que los perros despedacen el cuerpo del lobo y se coman sus entrañas, así aprenderán que el lobo no es invencible. Me llevaré la cabeza para mostrársela al señor duque y al alcalde, pero este no es el gran lobo, el que mató a mí mujer y a mí hijo y se me llevó la mano que me falta. Algún día nos encontraremos.

Levantó la cabeza de la fiera muerta, siempre ensartada en el gancho de plata, y semejó mostrársela a la luna, muda testigo con su desnuda redondez, como diosa de la noche que era.

—Aquí está uno de tus hijos, pero ¿dónde está el que yo busco?

Todos creyeron oír entonces un aullido largo y muy lejano, un aullido que semejaba llegar desde todas partes.

—¡Te encontraré, te encontraré, juro por mis muertos que te encontraré! —gritó Rainen mirando en derredor.

CAPÍTULO IV

La noche anterior, frau Nahama había proporcionado a Shirley una infusión de sabor fuerte y un tanto desagradable, pero la joven se había dormido profundamente y al despertar se sentía más relajada y tranquila, máxime porque no recordaba haber tenido pesadillas.

El ama de llaves la impresionaba con sus ojos gris claro y su aspecto más avejentado de lo que correspondía para su edad.

Esperaba que llegara su equipaje, sus maletas; mientras, se vestía con la ropa que le había proporcionado frau Nahama.

El palacete no era muy grande, pero sí confortable y lujoso.

Se vistió y descendió a la terraza de oriente. Allí estaban reunidos varios de los invitados del duque.

En una mesa frente a las cristaleras, un lugar precioso que dominaba los jardines, dos hombres desayunaban. Uno de ellos, al verla, se puso en pie.

—Señorita Shirley —interpeló, llamando su atención.

Shirley fue a su encuentro. No conocía a nadie y se sentía allí como una intrusa, aunque tenía deseos de hablar con el joven duque de Vollmond que tanto la había impresionado.

—Buenos días, señor Sartevich.

—Por favor, llámeme Klaus —pidió el poeta—. Le presento a Edgar, es el músico del grupo.

—Me gusta más pianista —le corrigió el recién presentado.

Shirley estrechó su mano.

—Siéntese, por favor, desayunará con nosotros.

—Más que una residencia particular, esto casi parece un hotel —opinó la joven.

El músico era un hombre macizo, pero sus manos eran sorprendentemente largas, de dedos nudosos. Tenía una boca fina y los ojos hundidos. Peinaba sus cabellos de lado a lado de la cabeza tratando de disimular su calvicie, ya muy notoria.

—Al duque de Vollmond no le importa invitar a gente a su palacete de verano. No le agrada estar solo. Además, protege las bellas artes.

—¿Quiere decir que con ustedes actúa como un mecenas?

—Sí —admitió casi orgullosamente el poeta—. Nos permite estar en este palacete todo el verano, el otoño y la primavera, aunque la primavera es aquí algo fría. Además, nos pasa unas rentas para que llevemos a cabo nuestras respectivas obras.

—Creí que este tipo de mecenazgo ya estaba caduco y que eran los

estados o fundaciones los que se encargaban de estas protecciones o tutelas al arte y a los artistas —dijo Shirley.

—No se preocupe, el duque es muy rico, tiene fábricas que le producen mucho dinero —puntualizó el poeta—. Puede destinar unas migajas de ese dinero para que artistas seleccionados por él mismo cultiven las artes. Eso sí, es muy exigente, no crea que protege a vagos. Exige resultados. Debemos prepararnos para participar en concursos internacionales y si no ganarlos, sí debemos quedar dignamente en ellos. ¿No es cierto, Edgar?

—Así es. Yo practico el piano y hago composiciones. Si no gozara de la protección del duque, no podría prepararme adecuadamente. Tendría que dar clases a niños tontos o hijas únicas que acabarían con mi paciencia.

Una doncella llevó el desayuno a Shirley tras recibir órdenes del ama de llaves.

—Y los demás, ¿también son artistas?

—No —denegó el poeta—. Algunos son familiares más o menos lejanos del duque y otros, aristócratas, gente sin importancia.

—Si le oyen, se van a molestar —dijo la muchacha antes de comenzar su desayuno.

—Los artistas sí somos importantes —dijo el poeta enfático—. La belleza lo es más aún y usted la posee toda.

—Gracias —untó mermelada en una tostada y antes de comer, preguntó—: ¿Y Estefanía?

—Suele bajar tarde a desayunar.

—Es remolona, pero también una gran mujer —opinó el músico.

—Vaya, ahí llega nuestro pintor... —Klaus bajó la voz para añadir—: A él le molesta ser un protegido. Le gustaría ganar mucho dinero con exposiciones de pintura, pero el pobre no ha tenido suerte. Es cierto que pinta muy bien, pero aún le queda un largo calvario antes de hacerse famoso.

Klaus se levantó y algo socarrón, se acercó a Rudolph Borg.

—¿Te hace falta ayuda? Vas muy cargado.

—Aquí hay buena luz —opinó el pintor mirando las cristaleras desde las que se dominaba la gran terraza. Las puertas encristaladas estaban abiertas y por ellas entraba una suave brisa, embalsamada con el olor de la hierba recién cortada.

El caballete fue montado con presteza y Rudolph colocó un lienzo apaisado de un metro de alto por un metro y medio de ancho. También llevaba consigo unos rollos de papel blanco. Desplegó uno de estos rollos y lo sujetó con unas pinzas al lienzo montado a un bastidor de madera. Se volvió y en tono de disculpa, dijo:

—Hola, ahora ya puedo saludar —se vio observado con cierta socarronería—. Tengo que cumplir el encargo del duque.

—De nuestro mecenas —apostilló el poeta.

—Sí, quiere que pinte al gran lobo, a ese lobo asesino que mató a su acompañante, señorita Shirley.

—No me gusta recordarlo.

—Pues, tendrá que hacerlo y describírmelo, porque no quiero que sea una obra de imaginación, quiero que sea una obra realista, que impresione, una obra que todos miren con temor.

—¿Temor? —repitió Shirley, sorprendida.

—Sí, eso querrá decir que se parecerá el máximo al lobo asesino.

—No hay ningún cuadro tuyo colgado aún en este palacete —le recordó el poeta Klaus Sartevich.

Edgar, el músico, observó algo ladino:

—Esta puede ser tu gran oportunidad, tu primer óleo colgado en un lugar importante.

—Así es. Señorita, espero que me ayude, todo depende ahora de sus recuerdos —abrió la caja de pinturas y tomó un carboncillo—. Pintar un lobo, como cualquier otro animal, cuando se domina el arte de la pintura, no es difícil.

Aplicó el carboncillo sobre el papel haciendo trazos largos. Eran trazos seguros que se pasaban de líneas, pero otros se entrecruzaban y poco a poco se fue esquematizando la silueta de la fiera.

Rudolph Borg era un magnífico dibujante y en la hoja de grueso papel no tardó en aparecer la figura de la bestia.

Los aristócratas invitados del duque se acercaron para observar cómo Rudolph plasmaba con rapidez la figura del siniestro lobo.

—Así sería en principio —comenzó a decir el pintor—, pero...

Fue rectificando las patas para cambiar la actitud de la fiera.

Klaus Sartevich opinó:

—Obviamente es un lobo, pero un lobo es igual a otro, salvo que sea un macho, una hembra o un lobezno.

—Eso es cierto —admitió el pintor—. Yo estoy dibujando un lobo tipo. Como has dicho, un lobo es igual a otro lobo en principio, si no nos acercamos mucho a él para notar las diferencias, por eso mismo reconocemos que se trata de un lobo y no de un perro. Un lobo no se puede confundir con un perro, con un chacal ni con un zorro, siempre es un lobo y dibujado así y pintado después, no nos daríamos cuenta de sus dimensiones si no le pusiéramos cerca algo de lo que conozcamos su volumen para que haya contrastes y por tanto, proporción, no sé si me entendéis.

—Tranquilo —le dijo el poeta—. Todos sabemos que una figura pintada en solitario no da razón de su volumen y estatura, salvo que la enmarques con las dimensiones previamente colocadas; claro que si frente al lobo pintas un enano y no sabemos que lo es, pensaremos que el lobo es

casi tan grande como un elefante —y se echó a reír.

—Por eso es mejor incluir una imagen que todos conozcamos.

—¿Y qué imagen vas a poner frente a ese lobo? —preguntó el músico.

Rudolph Borg se volvió hacia Shirley para preguntarle:

—¿Me permite que la pinte en este cuadro? Será un óleo famoso, un óleo que nos sobrevivirá a ambos.

—¿Yo, precisamente yo? —se sorprendió Shirley, que había dejado de lado lo que le restaba de desayuno.

—Sí. Usted ha estado frente a la fiera, ha conseguido escapar de ella y puede contarlo. ¿Quién más puede decir lo mismo?

—El alguacil Rainen —dijo frau Nahama que había aparecido casi sin que nadie se percatara de su presencia.

—No le conozco personalmente —dijo el pintor.

—El gran lobo mató a la mujer del alguacil y a su hijo y a él se le llevó la mano.

—Vaya, lo siento —dijo Rudolph—. De todos modos, para el óleo que el duque me ha pedido para encima de su chimenea, es mucho mejor que se plasme la belleza de una mujer como la señorita Shirley que la de un hombre que deduzco estará amargado.

—¿La bella y la bestia? —preguntó Klaus, el poeta.

—¿Por qué no? —replicó el pintor.

—La verdad, no quiero recordar lo sucedido. Se han llevado el cadáver de Philip, he de ponerme en contacto telefónico con mi familia en los Estados Unidos y creo que me marcharé de aquí enseguida.

—¿Por qué? —preguntó otra voz inesperada.

Se volvieron y en la entrada de la gran galería descubrieron al duque de Vollmond, aquel hombre que transpiraba masculinidad al tiempo que una gran elegancia, una elegancia que ya debía venirle desde la cuna y que subyugaba a las mujeres. Los ojos grises de la propia frau Nahama semejaban brillar de forma especial al mirar a su señor.

—Es que habiendo muerto Philip, ya nada tengo que hacer aquí.

El duque de Vollmond avanzó hacia el grupo para decir:

—Su equipaje ya está de camino y la conferencia con los Estados Unidos está pedida. Además, si buscaba una casa, alguna residencia especial, por este condado y los limítrofes hay casas magníficas como la que usted busca. Si desgraciadamente el hombre que tenía que mostrárselas ha muerto, me brindo a ser su informador y guía, pero con una condición.

Todos quedaron atentos, esperando oír cuál era la condición que imponía el duque de Vollmond, propietario de aquella residencia y de las tierras de su entorno, hasta más allá de donde pudiera llegar la vista de un águila que volara por encima del palacete.

—¿Cuál?

—Que deje que Rudolph la pinte en ese cuadro. Usted ha visto al lobo asesino, en consecuencia nadie mejor que usted puede indicar al pintor cómo era.

—Señor duque —intervino el ama de llaves— el alguacil también lo vio y perdió su mano en las fauces de la fiera.

—Muy lamentable lo que le ocurrió al alguacil, pero es un hombre grosero y borracho. Es el mejor perseguidor de ese lobo asesino y sin duda un día terminará por encontrarlo. Sé que capturó a un lobo la noche pasada y ha colgado su cabeza en la puerta de su casa, pero no quisiera tener la imagen de ese hombre presidiendo mi salón.

Rudolph creyó oportuno intervenir.

—Si pinto a la señorita, se verá mucho mejor la proporción de la fiera.

Hubo algunos murmullos y el duque de Vollmond le dijo a Shirley:

—No se trata de que lo describa peor o más feroz de lo que es en realidad. Quiero que lo describa tal como lo vio y como ha dicho Rudolph, las dimensiones de esa bestia se apreciarán mucho mejor si usted queda pintada frente a ella. Y mientras él pinta, mis amigos y yo le mostraremos esas residencias que busca.

—Eso lleva tiempo —objetó Shirley.

—Yo dispongo de todo el tiempo de mi vida.

—¿Y sus fábricas, sus negocios, sus cultivos?

—Tengo profesionales muy bien elegidos para que se ocupen de mis asuntos. Jamás he llevado directamente ninguna de mis propiedades.

—Disculpe. Vengo con mentalidad americana y allí es algo diferente. Los propietarios de grandes negocios o cultivos tienen a orgullo llevarlos personalmente.

—Esto es Europa y yo no me he hecho a mí mismo como dirá alguno de esos importantes hombres de negocios americanos. Mi padre fue el duque de Vollmond y antes lo fueron mi abuelo y mi bisabuelo, las cosas aquí son diferentes. Nada grande ni nada noble se consigue en una sola generación. ¿Cree que un palacete como este puede hacerse en una Sola vida?

—Bueno, en los Estados Unidos hay casas tan hermosas como este palacete.

—No las he visto y la creo a usted, pero dígame, esas residencias tan hermosas a las que usted alude ¿serían igualmente bellas y elegantes sin el mobiliario, los óleos, las maderas y el estilo que quizás serán de otras generaciones anteriores y compradas para conseguir esa suntuosidad y confort?

—Es cierto que esos muebles, esos cuadros se compran a anticuarios.

—Sí, los millonarios americanos compran lo que artistas y artesanos hicieron en otras épocas, y lo compran porque no lo tienen. Los herederos

del ducado de Vollmond lo recibimos de generación en generación y vamos añadiendo a nuestras mansiones el arte y la artesanía, por eso protegemos a los artistas. Después, el tiempo se encarga de filtrar. Lo que es malo va quedando relegado y apartado para dejar paso a nuevas obras, sean cuadros, objetos, muebles, tapices o incluso las modificaciones arquitectónicas de mansiones y palacetes. Todo lo que le he dicho no es ningún reproche, solo quiero que entienda que aquí en Europa somos distintos a los americanos.

—Entonces, le molestará que una americana venga a llevarse arte a América.

—No, no me opongo en absoluto y yo mismo la guiaré y le informaré. Poseemos tanto arte que no importa que nuestros primos americanos puedan llevarse un poco de él y sentirse orgullosos de poseerlo y mostrarlo.

—De acuerdo. Hablaré con mi familia y les haré saber su ofrecimiento después de lo ocurrido. Ellos tenían mucha confianza en Philip, pero les diré que usted sabe aún más de lo que podía saber él sobre el arte en estas tierras.

—Y además, no les cobraré nada. Para mí será un honor hospedarla en mi palacete y servirla en cuanto desee.

Shirley no sabía qué decir, estaba halagada y desconcertada. En los Estados Unidos había conocido a hombres importantes, apuestos y bien educados, pero estaban muy lejos de parecerse al joven duque de Vollmond. Ante él, la joven tenía que hacer esfuerzos para dominarse. Se sentía débil, agradablemente débil, y ansiaba que él la cogiera entre sus brazos.

—Parece una reunión muy interesante —opinó Estefanía apareciendo ante ellos.

—Querida, por deseos del duque —comenzó a decir el poeta Klaus Sartevich—, nuestra hermosa americana será pintada en el mismo cuadro que la fiera que la atacó.

Por un instante, Estefanía endureció su expresión, apenas fue un instante. Trató de disimular pero le costó. Hubiera deseado ser ella la que presidiera desde un cuadro el regio salón del palacete del duque.

—Enhorabuena, querida, no todas podemos ser inmortalizadas en un lienzo, claro que siempre acosada por la gran fiera... Ha de ser algo terrible, hasta puede causarte pesadillas. Con lo bonito que sería un cuadro en el que estuvieras sola, con un bello vestido, como una princesa.

—Yo creo que su belleza quedará más resaltada aún frente al gran lobo —opinó Rudolph Borg.

El duque de Vollmond se acercó al caballete para mirar el bosquejo a carboncillo que el pintor había hecho sobre el papel, pero ya con el tamaño que debería tener el cuadro definitivo.

—¿Este es el tamaño máximo?

—Es el lienzo mayor que tengo.

—Utilízalo como apuntes, el definitivo lo quiero más grande. ¿Comprendido?

—Sí, encargaré que me traigan un lienzo mayor de la ciudad —aceptó el pintor.

—Por favor, ayúdele —pidió el duque a la joven. Tras una pequeña pausa, añadió—: Cuando tenga aquí el equipaje y haya conversado con su familia, prepararé una ruta de inspección para ver esas residencias que busca. Si tenía algunas direcciones para visitar, le ruego me las dé para incluirlas en esa ruta. En los viajes nos acompañarán Klaus y Edgar.

—¿Y yo no? —preguntó Estefanía.

—También, si lo deseas. Rudolph se quedará aquí trabajando, es hora de que lleve a cabo una excelente pintura.

—Me gustaría que antes de partir, la señorita me diera indicaciones sobre ese lobo y también debo tomar dibujos y notas sobre ella.

—No se preocupe —le tranquilizó Shirley—. Le diré todo lo que sé y posaré para usted.

—Querida, como veo que va a pasar algún tiempo en este palacete, vamos a tener que ser muy amigas, de lo contrario el otoño se nos va a hacer largo y frío. Aquí, las hojas de los robles se desprenden pronto de sus ramas y las de los pinos oscurecen más que en otras tierras.

Shirley sonrió. Deseaba la amistad de Estefanía, aunque se daba cuenta de que la joven austríaca también se sentía seducida por aquel aristócrata que poseía tanta personalidad.

CAPÍTULO V

Shirley comenzó a dar vueltas sobre la cama. Se sentía profundamente angustiada. En su mente recibía como flashes de la cabeza del gran lobo que la miraba con las fauces abiertas, mostrándole los colmillos como riéndose de ella mientras sus ojos amarillos transpiraban una maligna inteligencia.

—No, no, no... —gemía mientras sentía intensos dolores en el vientre.

Eran unos dolores obsesivos que parecía no podría resistir. Se encogía sobre sí misma para luego estirar su cuerpo. Se colocaba boca abajo, volvía a encogerse y terminaba a gatas. Después se dejaba caer de costado. Se cogía el vientre y seguía gimiendo boca arriba.

—No puedo resistirlo...

El gran ventanal se abrió de par en par, como si un violento vendaval acabara de reventarlo.

Shirley se había sentado encogiéndose hacia adelante. Miró la ventana abierta y como si algo la llamara a través de ella, se levantó.

Se cubrió con el salto de cama de seda color fucsia claro y se acercó al ventanal. Su rostro expresaba la angustia y los dolores que sentía.

Saltó por encima del alféizar, como si este no existiera, y descendió a los jardines del palacete. La noche la envolvía con una luna muy clara, una luna que convertía en fantasmal todo aquello que iluminaba.

Dejó atrás los jardines y se internó en el bosque oscuro, inmenso.

Fue entonces cuando oyó el aullido, un aullido lejano pero que lo llenaba todo y parecía venir de los cuatro vientos.

El miedo se unió a su malestar, a su profunda angustia. Protegida por la vaporosa seda del salte de cama, Shirley corría por uno de los cientos de caminos que se entrecruzaban en los bosques propiedad del ducado de Vollmond.

El tiempo desaparecía. No había tiempo y tampoco parecía haber fin en aquel camino laberíntico por el que Shirley se desplazaba sola en la noche, acosada por el tenebroso aullido.

Descubrió una luz en el bosque, una luz que aparecía y desaparecía según recorría el camino. Llegó a un pequeño claro. Había allí un frente rocoso en el que se abría la boca de una cueva y dentro de esta, ardía un fuego que podía verse a distancia.

El humo se filtraba por oquedades del techo de la cueva y salía entre las rocas altas, enturbiando la claridad del cielo donde la luna era la diosa, una luna ya hacia su decadencia pesé a la brillantez que mostraba.

Se detuvo a la entrada de la desconocida cueva. Sobre el fuego y sostenida por una cadena que pendía del techo rocoso, bullía una gran olla con un contenido pastoso.

El hervor era ruidoso, como una ciénaga hirviendo.

Una mujer vestida de negro, encorvada y con capucha, le daba la espalda. Manipulaba recipientes con extractos de hierbas. Sobre una especie de mesa podía verse una balanza cuyos platos eran los cráneos pulidos de sendas calaveras.

—Por favor, ayúdeme —suplicó Shirley a la entrada de la gruta.

La mujeruca se volvió sin conseguir enderezar su cuerpo.

Los ojos grandes y grises se clavaron en la joven norteamericana. En torno a aquellos ojos grises y brillantes, un rostro oscuro, plagado de arrugas, un rostro donde faltaban dientes y los pocos que quedaban prendidos en las encías, eran amarillos y demasiado grandes.

—¿Qué quieres? —le preguntó con su voz oscura y cascada la que sin duda alguna era una bruja solitaria.

—Que me ayude —suplicó Shirley apenas sin voz.

—He oído al gran lobo —dijo la desconocida y repugnante vieja—. Su aullido llena los bosques.

Aferrándose a la pared rocosa, la muchacha gimió:

—¡Lo odio, lo odio!

—No es fácil librarse del gran lobo.

Shirley solo veía los ojos en aquella mujeruca. Tenía la impresión de conocerla, pero no era posible, antes jamás había visto a nadie tan horrible.

—Tengo que escapar de esto, tengo que escapar.

—El gran lobo aúlla a la noche y él dice que tú eres suya.

—¡No, no quiero, no quiero! —gritó Shirley.

La bruja rio levemente sarcástica, complaciéndose en el sufrimiento de la muchacha.

—Escapar del gran lobo no es fácil, querida niña.

—¡Quiero escapar, ayúdeme, ayúdeme! —gemía Shirley como derrotada.

—El gran lobo que ahora aúlla en todos los bosques te ha marcado como suya y tienes suerte de no estar despedazada y muerta.

—Preferiría estar muerta.

La bruja, como si dejara de prestarle atención, tomó uno de los cráneos pulidos que utilizaba como plato de balanza y su contenido, una mezcla de plantas trituradas y otros productos difíciles de identificar, lo arrojó al interior de la olla de hierro que hervía.

Agitó el contenido con un hueso largo que podía ser una tibia humana y se produjo una terrible pestilencia que inundó la cueva mientras el contenido de la olla enrojecía como si fuera sangre. Después, el color rojo

desapareció para volverse amarillento.

Shirley sintió unas violentas arcadas. Se sujetó a la pared rocosa para vomitar, tosió pero no consiguió arrancar nada de su cuerpo.

Notó entonces las manos huesudas de la bruja sobre su espalda y se estremeció.

—Ayúdeme.

—Tienes que dar algo a cambio, siempre hay que dar algo a cambio.

—¿Qué, qué, qué?

Shirley se volvió para quedar encarada con los ojos grises, fríos y despiadados.

—Si quieres que te ayude, has de dar algo a cambio —repitió.

—Dime el qué y te lo daré.

—Tu hermosura —le dijo en voz baja.

—¿Mi hermosura?

—Sí, tú belleza a cambio de tu liberación.

—No me importa. Libérame, no puedo más, no puedo más.

—Es tu decisión —aceptó la extraña y repugnante bruja.

Cogió de la mano a Shirley y la introdujo en la cueva. La puso de espaldas contra la pared en la que había un madero que colgaba de unas cadenas. En aquel madero había sendas abrazaderas que cerró en torno a las muñecas de la joven, de modo que la obligó a quedar brazos en cruz. Después, la bruja fue hacia un rincón.

Asió entre sus dedos esqueléticos una cadena que pendía del techo y comenzó a halar de ella haciendo ruido con los eslabones al entrechocar entre ellos.

A medida que ella tiraba de la cadena, el madero al que estaba sujeta Shirley fue ascendiendo hasta que la muchacha apenas tocó el suelo con las puntas de sus pies.

—Me hace daño, me hace daño —se quejó Shirley.

La bruja no prestó atención a sus quejas. Cogió uno de aquellos cuencos hechos con cráneos humanos pulidos y fue vertiendo en él productos que sacaba de botellas y botes distintos mientras runruneaba palabras ininteligibles. Una vez mezclada la pócima, se acercó a la joven con ella.

—Querida, debes de tomar esto.

—¿Qué es esto? —preguntó con repugnancia.

—Tú me has pedido que te ayude. Él es el diablo, pero por encima de él, está el Príncipe de las Tinieblas. Belcebú, yo te invoco para que liberes a esta mujer del poder del gran lobo. Ella, a cambio, te ofrece su belleza. Bebe, bebe, bebe...

Puso el macabro cuenco en los labios de Shirley y lo fue inclinando para que tragara.

Mientras, la bruja runruneaba letanías infernales que Shirley no comprendía.

Sintió aquel líquido en su boca, un líquido que quemaba y que al entrar en su cuerpo le arañaba el esófago y el estómago, un líquido que le hizo sentir el infierno en sus entrañas.

Quiso soltarse de las abrazaderas de hierro que la mantenían brazos en cruz en el madero suspendido de las cadenas, pero no lo conseguía.

Su vientre comenzó a sufrir violentas contracciones y dolores inaguantables que la hicieron gritar y chillar sin que nada ni nadie pareciera hacerle caso hasta que semejó liberarse y algo se escurrió por entre sus piernas hasta el suelo.

La bruja de los ojos grises se fijó en lo que iba apareciendo por debajo del sedoso salto de cama, entre los pies de la muchacha que apenas llegaban al suelo con las puntas de los dedos.

Eran como pequeñas bolas peludas que cabrían en la palma de la mano y aquellas cosas, comenzaron a moverse, a quejarse.

—Aquí están los malditos —dijo la bruja, recogiéndolos uno a uno para luego lanzarlos al interior de la olla que hervía.

Shirley vio lo que parecían diminutas y horribles bestezuelas hundiéndose en el hirviente líquido pastoso y como se agitaban, debatiéndose violentamente en una muerte horrible.

Gritó con todas sus fuerzas mientras la bruja parecía entregada a su labor de destrucción.

—Cuatro, cuatro hijos del gran lobo, sí, cuatro...

Se echó a reír tras ver cómo el último de ellos se hundía en la enorme olla.

El aullido del gran lobo se hizo más agudo, más tenebroso.

—Ya está, querida, ya estás liberada —le dijo la bruja.

Shirley se sentía horriblemente fatigada y no entendía bien lo que le había ocurrido. Sentía su cuerpo como sucio y quemado, llagado por dentro.

Vio como la bruja iba en busca de algo y luego se le acercó de nuevo con un pedazo de espejo sin marco ni cantos regulares. Lo alzó a la altura del rostro de Shirley que seguía sujeta al madero y le pidió:

—¡Mírate!

Shirley obedeció. Vio sus ojos verdes, pero un instante después vio su rostro, el rostro que se reflejaba en el maldito espejo y que era tan horrible como el de la propia bruja, oscuro y cargado de arrugas, tan desdentado como si más de cien años hubieran pasado por él. No pudo resistirlo y gritó aterrorizada.

El espejo estalló en las manos de la bruja que reía satisfecha de su labor infernal.

De pronto, se vio sentada en el lecho de la alcoba que le habían destinado en el palacete del duque de Vollmond.

A su lado, sosteniendo una bandeja, estaba frau Nahama, mirándola con sus fríos ojos grises.

—¿Se encuentra bien?

Shirley la miró. Vio la humeante taza de infusión que había sobre la bandeja y recordó que el ama de llaves le había dado una de sus infusiones antes de acostarse, para, según le había dicho, tranquilizarla. Sintió frío. Desvió su mirada hacia el ventanal, vio que estaba abierto y por él entraba la noche.

—Tómese esta infusión, le hará dormir.

—¡Noooo!

Cogió la taza, se incorporó en la cama y la arrojó lejos, muy lejos, a la noche misma a través de la ventana, como si con su contenido tratara de salpicar a la mismísima luna.

CAPÍTULO VI

—No, no, sus ojos no eran así —corrigió Shirley al pintor Rudolph Borg que estaba pintando la cabeza del lobo en un boceto sostenido por un caballete pequeño.

—A ver... Las pupilas más verticales, la mirada más demoníaca...

—¿Así?

—Se aproxima, y los colmillos eran más grandes, su aspecto más feroz.

Pacientemente, Rudolph Borg iba retocando el dibujo, dibujo que después trasladaría al gran lienzo definitivo.

—Si le abrimos más la boca, los colmillos se verán más grandes y su aspecto será más feroz, ¿verdad?

—Es cierto —admitió Shirley.

—Bien, bien. Luego, todo lo demás serán los añadidos. Creo que ahora lo conseguiré.

Quitó el dibujo de la cabeza del gran lobo y dejó al descubierto el boceto del rostro de la joven.

—¿Por qué no me pinta cuando sea mi imagen definitiva en el lienzo grande? —preguntó Shirley.

—Prefiero hacer bocetos para luego dedicarme con tranquilidad al gran lienzo y antes de volcarme sobre él, quiero tenerlo todo muy elaborado, es mi forma de pintar. No quiero vacilaciones en las formas.

Mientras la muchacha posaba, Rudolph Borg iba retocando el rostro que ya tenía muy acabado en el boceto. Después, quitó este y apareció otro que era la figura de Shirley, pero donde la cabeza era más pequeña y sin rostro.

La figura femenina la estaba reflejando en distintas posturas, de tal manera que en la misma hoja podía verse en diferentes formas y actitudes.

Estefanía se acercó a la gran galería y observó los bocetos.

—Es apasionante posar para un óleo que se sabe será grande, ¿verdad, Shirley?

—Bueno, si es grande será por el pintor.

—Nunca se sabe si una obra será inmortal hasta que el tiempo pasa sobre ella y la tiñe con su pátina de perdurabilidad —sentenció Rudolph Borg.

—¿Te sientes más recuperada? —preguntó Estefanía a Shirley.

—Sí. Estas semanas me han servido para relajarme y tú me has ayudado mucho. Nos hemos hecho grandes amigas, ¿verdad?

—Sí. El médico también te ayudó bastante, claro está que cualquiera

que hubiese pasado lo que tú, habría podido enloquecer —le dijo Estefanía Nelson mientras Rudolph seguía pintando.

—Tuve horribles pesadillas pero ya han pasado. Me hubiera marchado de no pedirme el duque que me quedara.

—Mañana partiremos en busca de esas casas que tú quieres ver. Será un placer viajar a través de los grandes bosques, lejos de las ciudades.

—Creí que te gustaban más las ciudades —objetó Shirley.

—Así es, pero de vez en cuando, algo diferente apasiona.

—El duque es un personaje muy especial, es una pena que haya estado lejos de aquí.

—Viaja mucho, pero ha llegado como prometió y si ya te encuentras bien, mañana partiremos. Nadie mejor que él conoce estas tierras; además se le respeta.

—Tengo deseos de regresar a América y, por otra parte, hay algo extraño que me ata aquí.

—No te preocupes ni te sientas mal, todas nos enamoramos del duque —suspiró—. Pero él parece que no está dispuesto a dejarse cazar por ninguna.

—Es joven.

—Ya podría estar casado con quién hubiera querido.

—¿No ha mostrado nunca debilidad por alguna mujer?

—Nos trata bien a todas, a ti especialmente.

—¿A mí?

—Sí, ha prometido dedicarte un tiempo que a las demás nos ha sido negado.

—Pero, tú estás aquí, por lo tanto estás más tiempo junto a él que yo —objetó Shirley.

—Es diferente. Yo estoy aquí porque me he empeñado en quedarme. Así te vigilo, querida —se echó a reír.

Durante las semanas que había estado reponiéndose, Shirley había congeniado mucho con Estefanía. Se habían hecho grandes amigas, compartiendo recuerdos de sus respectivos pasados.

Shirley también había congeniado con los artistas, había pasado tiempo escuchando el piano de Edgar y las opiniones profundas y un tanto cínicas de Klaus Sartevich.

El tiempo había sido agradable, adentrándose en un otoño suave, casi perezoso. Las hojas se negaban a desprenderse de las ramas.

A Shirley le parecía haberse olvidado de su país natal. Al hablar con su familia, esta, tras lamentar lo ocurrido a Philip, le había pedido que regresara, pero la joven les había convencido de que el duque de Vollmond sería un guía inmejorable para ella.

Philip Morgan era ya un suceso en el pasado que deseaba olvidar. Se

había enamorado fugazmente de él, pero después de su muerte y entierro, había aparecido aquel extraordinario personaje que era el duque y este, como una esponja húmeda sobre la pizarra, había borrado de su mente la imagen de Philip.

Aquella noche, el duque cenó en el palacete junto a sus protegidos y amigas. Era una cena íntima, informal. Todos se sentían ya como en familia y más desde que los familiares y amigos aristócratas, la mayoría de edades avanzadas, habían abandonado la mansión en un día de suave y rumorosa lluvia que hablaba siseante de la llegada del otoño, del fin de los calores estivales que en aquellas tierras también se soportaban.

Y justo cuando ellos se habían marchado, los cielos escamparon, las lluvias desaparecieron y brillaron los verdes de los pastos y de los árboles bajo el sol.

Sin embargo, todos sabían que aquel buen tiempo que se prolongaba anormalmente, podía cesar en cualquier momento y dejar paso a tormentas que harían tronar los torrentes, a vientos racheados y fríos, cortantes como aceros afilados, que les obligarían a protegerse con ropas gruesas.

—Tengo información sobre varias casas —dijo el duque—. Mañana partiremos en una berlina con cuatro caballos.

—¿Berlina con caballos? —repitió Shirley, asombrada.

—¿Preferirías un automóvil? —preguntó el joven duque mientras cortaba en su plato un pedazo de medallón de lomo.

—Sería más rápido, ¿no?

—Los caminos por los que hemos de transitar no son buenos. El auto de tu compatriota, en paz descanse, no hubiera llegado muy lejos. Los caminos tienen muchos socavones y salientes que le romperían el motor y los bajos. En cambio, la berlina de que dispongo posee ruedas de radios muy grandes y los caballos son fuertes y pueden pasar por encima de donde no pasaría un automóvil. Tú buscas residencias muy especiales y estas se encuentran en lugares apartados y es difícil llegar hasta ellas. Pasará tiempo antes de que haya buenas carreteras para acceder a esos recónditos lugares. Quizás esas carreteras no aparezcan nunca y esas casas sean, abandonadas y olvidadas.

—Una lástima, porque deben ser muy interesantes.

—¿Por qué tanto empeño en una residencia antigua? —preguntó el pianista Edgar.

—Mi familia quiere comprarla.

—¿Se van a venir a vivir aquí? —se asombró Estefanía.

—No. La residencia que compre mi familia, que ha de ser singular y muy especial, será desmontada piedra a piedra y trasladada a los Estados Unidos.

—¿Y allí levantada de nuevo?

—Sí.

—Eso significará un gasto tremendo —opinó el poeta.

—Mi familia desea tener algo original, algo con estilo propio y auténtico, no quiere una imitación, y por la compra, traslado y reedificación de la casa que compremos, se pagará lo que sea razonable.

—Su familia debe ser multimillonaria —opinó el poeta Rudolph Borg.

—Bueno, tiene dinero, América es un país grande e importante.

—¿Y los americanos también protegen a los artistas?

—Quizás algún millonario, financiero o empresario, pero suele hacerse a través de fundaciones y las hay muy importantes y generosas con los artistas.

Cenaron, comentando vaguedades y después se fueron separando para irse a descansar, ya que estaba previsto partir al día siguiente. Solo el pintor se quedaría para seguir trabajando en el cuadro, pues aseguraba tener los bocetos y las ideas muy definidas.

La gran galería estaba iluminada y la luz se esparcía por la terraza a la que se asomó Shirley. Al poco, notó una presencia humana cerca de ella.

—Es lamentable que su paso por estas tierras haya sido tan desagradable. Espero poder hacerla cambiar de opinión.

—No se preocupe tanto, duque.

—Llámame Peter, por favor.

—¿Peter?

—Sí, aquí soy importante por mí ducado, por mis ascendientes que lucharon por estas tierras, las conquistaron y las supieron retener, pero en los Estados Unidos, tú eres más importante.

A Shirley le complació el tuteo.

—En mi país, a los aristócratas europeos se les da una gran importancia.

—Si nos conocieran más, nos verían tal como somos en realidad. No hay sangre azul, hay sangre roja, como la de todos los mortales.

—Este lugar tienen un encanto especial. Este palacete es muy hermoso, pero el bosque me da miedo y más después de haberme visto cara a cara con ese lobo tan grande y asesino.

—En estos bosques siempre ha habido lobos, aunque solo se ha hablado de uno tan diabólico como el que tú viste. Uno de mis antepasados, en su escudo de armas, tenía la cabeza de un lobo.

—¿Ah, sí?

—Sí, te mostraré el libro genealógico y de blasones del ducado de Vollmond.

—Será interesante verlo.

—No es malo que haya lobos en estos grandes bosques.

—¿No?

—No, el lobo captura a los animales más débiles de cada manada, gamos, gacelas, ciervos. Hay muchos animales que salvan sus vidas de las dentelladas de los lobos porque son los mejores de sus manadas y luego, esos son los que procrean y así sus especies mejoran y los ejemplares débiles desaparecen. Yo tengo el placer de invitar a amistades de mi país y de otros países europeos a cacerías en mis bosques y todos aseguran que existen aquí los mejores cérvidos. No son animales que se dejan cazar porque son incapaces de correr, son animales muy veloces que hacen más interesantes las cacerías y para contar con la mejor caza de ciervos, gamos, gacelas y otras especies, es preciso que haya lobos.

—Pero, el lobo puede atacar al ganado que cuidan los pastores.

—Los pastores van armados y han de saber defenderse. El lobo no es tonto, teme al arma de fuego y prefiere perseguir a animales que no estén protegidos de cerca por el hombre armado de escopetas.

—Hablas como si protegieras al lobo.

—Al lobo de la manada, sí, tiene derecho a existir y ya te he dicho que es bueno que los haya, salvo que proliferen en exceso. Otra cosa es el gran lobo, ese lobo que pesa ochenta kilos y que es un asesino sediento de sangre humana. Ese gran lobo no teme al hombre ni a sus armas. Se complace en matar. Solo aparece de vez en cuando y después de asesinar, se esfuma. Es una bestia tan malvada, tan sedienta de sangre, que más parece un hombre que un lobo.

—¡Señor Duque!

El interpelado y Shirley a su lado, volvieron sus rostros hacia los jardines que estaban por debajo del nivel de la terraza. Allí había una figura humana, grande, siniestra.

—¿Qué busca por aquí, alguacil? —respondió el duque en tono de pregunta.

Aquel hombre alto y fornido alzó un brazo y el gancho de plata que se hallaba sujeto al muñón brilló a la luz de la luna. Shirley se estremeció al ver aquel gancho y se acercó más a Peter como buscando su protección. Volvía a tener miedo.

Con voz cargada por el alcohol, el alguacil Rainen, que se había presentado intempestivamente en los jardines del palacete, gritó señalando la luna con su gancho de plata.

—¡Está creciente! Pronto volverá el gran lobo y yo lo cazaré, sí, señor duque, yo el alguacil Walter Rainen lo cazaré con esto —agitó el siniestro gancho en el aire—. Volverá y yo lo estaré esperando. No me sorprenderá dormido. Yo le traeré al gran lobo. He oído que ofrece mil monedas de oro por el cuerpo de la gran bestia.

—Así es —admitió el duque.

Shirley le miró interrogante; ignoraba que existiera aquella recompensa

para quien diera captura y muerte al gran lobo.

—¿No es peligroso ese hombre? —preguntó la joven en voz baja.

—Lo es, y ahora está borracho —el duque cambió el volumen de su voz para gritarle al alguacil—: ¡Váyase a su casa, aquí ahora estamos tranquilos! El gran lobo está lejos de aquí.

—¡Sí! —asintió el alguacil con su gancho alzado brillando amenazador—. ¡Pero yo sé cuán de volverá y le daré muerte para siempre! Ese lobo no es un lobo normal, esa bestia lleva al diablo dentro y yo le arrancaré el corazón con este garfio de plata, porque solo así morirá...

Le vieron alejarse tambaleante. El alcohol podía con aquella mole humana, pero más podía su deseo de venganza y sus rodillas no se doblarían hasta que su garfio de plata hubiera arrancado el corazón del gran lobo.

Shirley, temerosa, se había aproximado tanto al joven duque que notó que este temblaba ligeramente. Era un temblor que en la semioscuridad en que se hallaban no podía verse, pero al tocarlo se percató de ello.

—¿Te encuentras mal? —inquirió la joven.

—¿Mal?

—Sí, tiemblas.

—Será que hace algo de frío, vamos adentro.

El ama de llaves se presentó en la alcoba de Shirley llevando una taza humeante. La joven americana se la quedó mirando.

—No le he pedido ninguna infusión.

—El doctor recomendó... —comenzó a decir el ama de llaves.

Shirley miró los ojos grises de frau Nahama. Jamás olvidaría que aquellos ojos se habían quedado grabados en su mente desde la pavorosa pesadilla que había llegado a trastornarla durante muchos días.

—No voy a tomarla.

—Será mejor que la tome, señorita, dormirá más relajada.

Viendo que el carácter de frau Nahama era más fuerte que el suyo y como no deseaba discutir con ella, le pidió:

—Déjela en la mesita, la tomaré después.

—Mejor ahora —casi exigió.

—Después, y no me ponga nerviosa o tendré que quejarme al duque.

El ama de llaves inclinó la cabeza y optó por obedecer, dejando la bandeja con la taza en la mesita y marchándose después.

Ya a solas, la joven miró con reparo la taza que humeaba. La tomó por el asa, la levantó hasta las ventanillas de su nariz y la olió. Sintió como un vahído y apartó la taza con rapidez de su rostro.

Cerró los ojos y volvió a ver en su mente los terroríficos ojos grises, pero esta vez no estaban rodeados de un rostro más o menos hermoso, sino que volvió a ver a la terrible y repugnante bruja de la cueva rocosa.

Sacudió su cabeza. Tomó la taza, abrió la puerta del aseo y penetró en él, vertiendo el contenido de la taza en el retrete. Entonces escuchó un ruido que la obligó a volver la cabeza y a clavar sus ojos en el pomo de la puerta que comunicaba con la alcoba contigua y que compartía aquel cuarto de aseo.

El pomo estuvo girando, como queriendo abrir. Shirley se quedó en tensión temiendo que aquella puerta pudiera abrirse de un momento a otro.

Recordó la navaja barbera que viera el primer día y la buscó con la mirada, pero ya no estaba.

CAPÍTULO VII

La berlina se puso en marcha cuando el sol había dejado de ser anaranjado.

El cochero, desde el pescante, jaleó al tronco de cuatro caballos. Tras la berlina iban dos hermosos animales sujetos por las bridas. En la vaca del carruaje llevaban sendas sillas para que aquel par de caballos pudieran ser montados.

Al pianista se le invitó a viajar junto al cochero y dentro del carruaje se acomodaron el duque, el poeta Klaus Sartevich, Estefanía y Shirley.

Rudolph Borg se había quedado en el palacete para seguir pintando. Shirley se alegraba de alejarse del palacete, no sabía si por el palacete mismo o porque en él se quedaba la inquietante frau Nahama.

—¿Cuánto tiempo hace que está el ama de llaves en el palacete? —quiso saber Shirley, como no dando importancia a su pregunta, mientras el carruaje avanzaba por el tortuoso camino forestal.

—No recuerdo, hace tanto tiempo que está aquí que es como si formara parte del palacete. Yo viajo o estoy en mi residencia de la capital, pero ella siempre está aquí. Sin ella, el palacete no sería el mismo.

Shirley no quedó satisfecha con aquella respuesta, pero decidió no preguntar nada más al respecto.

Hablaron sobre estilos arquitectónicos.

Shirley tenía muy claro que la casa que debía comprar no podía tener menos de cuatrocientos años y había de ser de piedras trabajadas, bien cinceladas, que pudieran separarse unas de otras para, una vez numeradas, poder reconstruirla a miles de kilómetros de distancia, con el océano Atlántico de por medio.

Tras unas horas de viaje, llegaron ante una casa señorial que dominaría una docena de casas rurales que la rodeaban.

Fueron muy bien recibidos, sabiendo que era el duque de Vollmond quien había llegado.

La casa no era ni con mucho el palacete del duque, pero tenía mucho encanto y parecía más antigua y sobria en su arquitectura.

Fasher, el propietario de aquella casa, era un hombre que estaría entre los sesenta y setenta años. Cojeaba ostensiblemente y se ayudaba con un bastón. Era flaco, de rostro arrugado, cabello cano y se le adivinaban pocas flaquezas.

Shirley observó que aquel hombre, pese a que trataba al joven duque con mucha deferencia, lo miraba en forma especial, como si se mantuviera

alerta, como si esperara una traición.

Quizás la familia de Fasher, años atrás, hubiera tenido problemas de sometimiento con el ducado de Vollmond y aquellos odios familiares perduraban a través de las generaciones.

—Se hospedarán en mi casa —les dijo—. Poco a poco, las grandes casas señoriales aisladas en los bosques, van perdiendo prestigio y poder. Ya no son lo que fueron y la decadencia cada vez será peor.

—¿No cree que haya un resurgimiento de las aristocracias europeas? —le preguntó Shirley.

—No, señorita, no lo creo. Las aristocracias recibieron el golpe mortal con el final de la gran guerra. Cierto que siguen y seguirán, pero ya no será lo mismo. Fíjese lo que ha ocurrido en Rusia: Toda la monarquía y la aristocracia ha sido barrida.

El poeta opinó:

—Trataron demasiado mal al pueblo.

—Los escritores ayudaron a exaltar al pueblo —acusó Fasher.

—¿A un pueblo que era analfabeto? —rezongó con sarcasmo el poeta.

—Será mejor que dejemos esta discusión —cortó el duque.

Fasher, encarado con Shirley, preguntó:

—Usted es americana, ¿verdad?

—Sí.

El duque de Vollmond explicó:

—La señorita Shirley busca una casa parecida a esta. Es posible que, de interesarle, la compre en nombre de su familia.

—¿Quieren comprar una casa aislada porque es de piedra y dentro tiene algún fantasma? —se rio Fasher—. Los americanos siempre tan excéntricos.

Fasher no era hombre de muchas palabras. Él y su familia, después de la gran guerra, habían ido a menos porque vivían de la agricultura y el ganado. La primera no iba muy bien y el ganado se lo habían confiscado durante la guerra y rehacer su cabaña le estaba costando mucho, tanto que no creía que su familia volviera a ser nunca la de antes.

—Siento que esta mesa no sea la más digna para el señor duque.

Peter sonrió fríamente y antes de tomar su copa de plata, una copa reservada para las grandes ocasiones como aquella, opinó:

—La carne de caza es la que más me apetece y cuanto más cruda y menos elaborada, mucho mejor.

Hablaron de trivialidades. Shirley se sentía cansada y Estefanía también. Los socavones del camino se habían hecho notar pese a las magníficas suspensiones del carruaje.

Le destinaron una habitación no muy grande, nada tenía que ver con la alcoba de que disponía en el palacete del duque, donde sí había luz

eléctrica. En casa de Fasher no había electricidad y se iluminaban con lámparas de petróleo o velas. Ningún cable de conducción eléctrica llegaba hasta aquel lugar, tan metido en los montes.

Shirley esperaba dormirse profundamente, exhausta como estaba. Al día siguiente, se encontraría mucho mejor, aunque parecía que el cielo se nublaba y podía depararles un día lluvioso.

El duque y Fasher se quedaron charlando en el gabinete-biblioteca.

La joven apagó la luz y ni siquiera se dio cuenta de que se dormía. Fue arrancada brutalmente de su sueño por el tronar ensordecedor de la tormenta que se había desatado sobre la mansión.

Al abrir los ojos, asustada, cuando las paredes de la casa todavía temblaban por el fragor del primer trueno, una luz le dio en los ojos.

Al percatarse de que no estaba sola, de que había un hombre junto a su lecho, quiso gritar, más una mano ancha y huesuda le tapó la boca imperativamente.

—No grite, no le voy a hacer nada —le dijo una voz cargada y avejentada que en principio no reconoció.

Intentó decir algo, más la manaza se lo impidió. El hombre acercó la llama de la vela a su rostro. Era Fasher y a la luz de la bujía, parecía endemoniado. Las pupilas le brillaban y sus hinchados párpados inferiores delataban sus continuas libaciones.

—No tenga miedo. Debe escucharme.

Relajó su cuerpo, destensó sus músculos y trató de que el miedo no se reflejara en sus ojos. Se hallaba hospedada en la casa de aquel hombre viejo y extraño. ¿Qué podía ocurrir?

—Tengo que hablarle, usted es diferente.

Apartó la mano de la boca femenina, como dándose cuenta de que ya no gritaría.

—Márchese, por favor, márchese de esta habitación —suplicó Shirley que permanecía dentro de la cama con aquel hombre sentado a su lado, iluminados ambos por la vela que él había llevado, introducida en una palmatoria de latón.

—Ellos saben, no todo pero saben.

—¿Quiénes son ellos?

—Los demás.

—¿A quién se refiere? —preguntó Shirley, temiendo que aquel hombre hosco y frustrado estuviera loco.

—Todos menos usted, me he dado cuenta enseguida. ¿Cuántos años cree que tiene el duque? ¿Veinticinco, treinta, treinta y tres?

—No sé, quizás treinta.

Fasher se rio quedamente, muy sarcástico.

—Tiene más, muchísimos más. Fíjese, fíjese en mí... Soy un viejo,

¿verdad? —Shirley le miraba con ojos muy abiertos, temiendo hallarse acosada por un loco del cual desconocía las intenciones—. Era yo un niño y al duque ya lo veía como es ahora.

—No es posible —rebatió la muchacha sin fuerzas, temiendo irritar a aquel hombre.

—Nunca he sabido de qué medios se ha valido para conservarse así. Debe tener un pacto con el diablo. No se fíe de él, me he creído en el deber de advertirla. Los demás lo saben pero viven a su costa y callan. Le he dado las llaves de una casa señorial abandonada pero muy bien conservada para que se la muestre a usted. Tenga cuidado, no se quede a solas con él y cuando regrese a la ciudad, márchese muy lejos. Olvídese para siempre del duque de Vollmond y no vuelva jamás por aquí.

—¿Por qué me cuenta todo esto?

—No puedo añadirle más.

—Quiero saber más, necesito convencerme de que usted no miente —insistió, pues ya amaba al joven duque.

—No se lo puedo decir, no me fío de usted hasta ese punto. Que se lo diga ella, ella que aún es más vieja que él.

—¿Ella, quién?

Fasher, como si oyera ruidos extraños por encima de los truenos que hacían retumbar la casa mientras los rayos se hacían visibles a través de los cristales de las ventanas, terminó por coger la palmatoria y se alejó aprisa, como un personaje de pesadilla.

Un rayo semejó querer entrar por la ventana. Su luz se esparció por los cristales, cegándola al tiempo que todo tronaba y temblaba.

Shirley se estremeció dentro del lecho y mal dijo su temeridad al continuar en aquellas tierras después de lo que le había sucedido.

Le pareció que la tormenta no iba a cesar nunca. Sentía el fragor de cada trueno como si la golpearan, dándole la impresión de que en cualquier momento el techo se iba a derrumbar sobre ella, sepultándola.

Cuando el ojo de la tormenta se fue alejando y los truenos perdían fuerza, Shirley, todavía con las manos crispadas en el embozo de la sábana, se preguntó si la aparición de Fasher había sido una pesadilla más de las que había sufrido en los últimos tiempos o había sido realidad. Ya no estaba nada segura de su mente.

Prefirió no moverse de donde estaba y allí, encogida, sollozó temiendo caer en el pozo laberíntico de la locura.

CAPÍTULO VIII

No consiguió quedarse a solas con Estefanía, deseaba charlar con ella a ver si la sonsacaba. Quería saber más sobre el apuesto y varonil duque de Vollmond y no se atrevía a preguntarle a él mismo. Por otra parte, no estaba segura de si la visita de Fasher había sido cierta o una pesadilla.

—Parece increíble —comentó el poeta Klaus Sartevich.

—¿Increíble, el qué? —preguntó Shirley acercándose a él.

—Lo despejado que está el cielo después de la tormenta tan violenta que hubo anoche.

—No es raro que en otoño se produzcan estas tormentas que luego desaparecen y dejan un cielo limpio y brillante —dijo el duque de Vollmond.

Shirley le miró al rostro con cierto disimulo. Trató de buscar arrugas de vejez en él, pero no había arruga alguna, tenía un rostro firme y terso, quizás demasiado hermoso, llegó a pensar.

Fasher no apareció en el desayuno y el propio duque dijo que iban a ponerse en marcha para visitar una casa que podía interesar a la joven americana. Regresarían al anochecer para volver a dormir en casa de Fasher, por lo que no era preciso llevarse todo el equipaje.

—Estoy cansado, si pudiera descansar hoy —comenzó a decir el músico Edgar.

—Si la casa está bien, ya iremos todos mañana a verla. Yo escribiré hoy un poco, este súbito buen tiempo me inspira.

—¿Por qué no vais solos? —propuso Estefanía de pronto, sonriendo plácidamente.

Shirley parpadeó.

—¿Solos?

—Podríamos ir más aprisa los dos a caballo y dejaríamos descansar a los animales de tiro hasta mañana. ¿Montas bien?

—Sí, no lo hago mal. En casa, allá en América, tenemos caballos, aunque son más cortos de patas que estos.

—Sí, los caballos europeos son más altos de cruz que los de la pradera americana, pero si montas un caballo americano, también montarás bien uno de los míos.

Tuvo sentimientos encontrados. Shirley no deseaba ir a solas con el duque a un lugar desconocido, pero, por otra parte, se sentía subyugada por aquel hombre tan atractivo. Se había enamorado de él y rogaba porque no se le notase. No soportaría que sus sentimientos quedaran de manifiesto,

aunque parecía normal que una mujer se enamorase de aquel hombre, un aristócrata cultivado y arrogante, un hombre que con un simple gesto de su mano, con una mirada, distanciaba a los demás, haciéndoles notar que él estaba por encima de ellos.

No supo negarse. Terminó montando a caballo como una amazona y ella y el duque se perdieron a la mirada de quienes se quedaban en la casa de Fasher, disolviéndose entre los árboles del espeso bosque.

El camino era peor que el del día anterior, pero las dificultades quedaban absorbidas por las patas de los caballos, finas y poderosas a un tiempo.

Vadearon varios riachuelos y torrenteras que llevaban agua procedente de la tormenta de la noche anterior.

—¿Cómo es posible que existan residencias señoriales en lugares tan apartados y recónditos? —preguntó Shirley por romper el silencio que duraba demasiado tiempo.

—Estas casas tienen varios caminos que conducen a ellas, unos son mejores y otros peores. Los que van de las casas a las aldeas, son mejores, pues por ellos circulaban los carruajes; sin embargo, si algunas casas son abandonadas, los caminos se deterioran y el bosque termina por borrarlos.

—Es fácil perderse en estos parajes.

—Sí, hay que conocerlos bien o disponer de una brújula y un buen mapa, o lo mejor de todo.

—¿El qué?

—Poseer un sentido especial de la orientación. Los humanos somos torpes en esto de la orientación. Un animal no se pierde en estos bosques y las bestias no necesitan brújulas ni mapas.

—Sí, el sentido de orientación de los animales es algo especial —admitió Shirley.

—Un lobo que se pone en camino puede seguir lo durante cientos de kilómetros sin perderse, y en ese camino sabe escoger los mejores atajos para ir cazando y así comer en ruta.

—¿Quieres decir que un lobo no corretea sin rumbo?

—Todo lo contrario, saben por qué se ponen en camino y hacia dónde van, por ello algunos cazadores astutos colocan cepos de acero en veredas por las que ello saben pasará el lobo. Esos cepos no están puestos al azar.

La casa que buscaban fue apareciendo entre el follaje de los árboles hasta que pudieron verla en su totalidad, pero se les había comido el tiempo el largo y tortuoso camino.

Tras detener su caballo, Shirley contempló la casa a cierta distancia y opinó:

—Al verla así, de pronto, parece algo fantasmagórica.

—A mí me parece una casa de piedra de puro estilo neogótico.

—Sí, parece muy antigua y auténtica. Me gustará saber más de ella; pero, veámosla más de cerca.

—Estuvo habitada hasta principios de este siglo. Es posible que sufriera desperfectos durante la guerra, pero al parecer no vive nadie aquí. Fasher me ha dado las llaves.

Se acercaron a la casa, solitaria en medio de un gran claro en el bosque. El silencio era allí casi opresivo.

Se detuvieron frente al impresionante zaguán y descabalgaron. Al mirar al cielo, la muchacha se percató de que iban apareciendo nubes tormentosas como ocurriera la tarde del día anterior, pero no dijo nada.

El duque introdujo una gran llave en el ojo de la cerradura de la recia puerta que impedía que los vagabundos pudieran asaltarla, lo que no habría de resultar nada fácil, pues era de piedra, cincelada bloque a bloque. Era una casa posiblemente construida para resistir el ataque de los bandidos medievales, ya que su soledad en mitad de los bosques la hacía propicia para ser atacada.

Dentro había muy pocos muebles y estos eran viejos y sin valor. A Shirley le pareció muy interesante y al mismo tiempo, sentía gravitar sobre sí el peso de siglos de historia.

—Está muy bien conservada —comentó el duque—. Solo haría falta amueblarla y vestirla con cuadros y cortinajes. Quedaría muy bien en tu país, seguro que llamaría la atención de muchos millonarios. ¿No es eso lo que desea tu familia?

—Buscamos una casa antigua y auténtica, de piedra, que tenga historia.

—En realidad buscáis las raíces que no tenéis. En cambio, aquí nos sobran las raíces y en ocasiones tenemos que cubrirlas con mucha tierra porque afloran demasiado, y las raíces deben permanecer siempre ocultas.

Todo allí era de piedra gris claro, oxidada por el paso del tiempo y sucia en el interior por los humos de velas y antorchas conque debían haberse iluminado en las noches y la leña que había ardido en la gran chimenea que presidía la sala que tenía un techo muy elevado. En lo alto, ventanales con cristaleras que sorprendentemente se conservaban muy bien y daban luz suficiente a la estancia.

—Mira, hay leña —observó Peter.

Un trueno que todavía se adivinaba lejano se dejó oír.

—Pues, quizás esa leña nos haga falta —dijo Shirley.

—Será mejor que entremos los caballos. No es bueno que se mojen si cae una tormenta.

La mujer vio cómo el duque entraba a los caballos y después cerraba la puerta. Los dejó sujetos a la propia puerta, anudando las bridas a los cerrojos gigantes que allí había.

—Esta casa tendrá sótanos.

—Seguro —asintió Peter—, sótanos con mazmorras. Estas casas, en sus tiempos de esplendor, eran como pequeños bastiones o castillos cabeza de feudos rurales. Los aldeanos de los alrededores, cuando se sentían perseguidos por los bandidos, acudían aquí en demanda de protección y aquí también se debía ejercer pequeñas o grandes justicias.

—¿Quieres decir que aquí se podía haber ajusticiado a la gente?

—Es posible. ¿No buscas una casa antigua con historia? —Sonrió levemente—. Toda historia que abarque más de dos o tres generaciones, estará teñida de sangre. Siempre hay sangre en las historias, lo que sucede es que si el historiador sirve bien a su amo, la sangre adquiere grandeza y al asesinato se le acaba llamando justicia.

—¿En la historia de tu ducado también es así?

—¿Y por qué habría de ser diferente? Hoy día se pierden privilegios aristocráticos, pero antiguamente, un conde, un marqués y más un duque, tenía poder de vida y muerte sobre sus vasallos. Debo suponer que mis ancestros impartían justicia y no se dedicarían a ahorcar o despedazar a quienes pedían esa justicia.

—¿Crees que los aristócratas sois odiados hoy día?

—Seguro, y unos más que otros. Algunos se lo merecen y otros reciben sobre sí el odio que provocaron sus ancestros.

—¿Cómo?

—Pues, adueñándose de tierras, llevando a cabo ejecuciones, abusando de su autoridad con las mujeres, imponiendo tributos, celebrando orgías mientras sus vasallos sufrían y morían de hambre...

—Y en todo vuestro mundo, ¿qué tenían que ver las brujas, los alquimistas, los demonólogos y astrólogos?

—Mucho. Formaban parte del séquito de los reyes y también del de los aristócratas que podían permitirse ese lujo. Esos personajes se hacían visibles o no según el poder y la fama que ostentaran. A brujos y brujas con fama de poder, se les temía; en cambio, a otros que ni siquiera lo eran, se les quemaba como a tales en horribles autos de fe.

—Pero tú no creerás en nada de todo eso, ¿verdad? Son cosas del pasado, cosas superadas. El oscurantismo, con todos sus personajes infernales, ya no es de nuestro tiempo.

—Te equivocas. Cuando caminas por una gran ciudad occidental, parece que todo eso no existe, pero basta que escarbes un poco en mansiones importantes para descubrirlos.

—Como personajes exóticos, de acuerdo, pero no puedes creer en ellos.

Como adelantándose a la respuesta del hombre se pudo oír el aullido de un lobo que no debía estar muy lejos de la solitaria y abandonada casa mientras seguía cayendo la lluvia.

—Ellos siempre están ahí, al acecho.

—¿Ellos? —repitió Shirley mirando en todas direcciones como tratando de descubrir la procedencia del temible aullido—. Es un lobo.

—Uno, no, pueden ser muchos y van a rodear la casa.

La joven prestó más atención y comprobó que era cierto, se iban oyendo más aullidos, aullidos que formaban ya una sinfonía de fondo que llenaba hasta el último resquicio de la pétrea casa.

—Sí, son muchos. ¿Cómo lo sabías?

—Conozco bien estas tierras y conozco a esos lobos que aúllan bajo la tormenta.

—Tengo miedo, pueden atacarnos.

Siguió mirando en torno, como temiendo descubrir en cualquier momento algún lobo que hubiera podido entrar en la casa por algún hueco existente en el muro debido a su abandono.

—No nos atacarán —dijo sin mirar a la joven mientras preparaba leños en la chimenea y los encendía.

El humo oscuro, grasiento, ascendió rápido por el tiro y sus rostros pronto quedaron iluminados por las llamas.

Los caballos, protegidos dentro de la casa, piafaron inquietos. Los lobos seguían aullando alrededor de la casa. Unos aullidos montaban con otros, no había pausa entre ellos, era una tenebrosa sinfonía que no parecía tener fin.

Shirley trataba de no mostrar su inquietud. El fuego la tranquilizó y la cercana presencia del joven y apuesto duque le agradaba; sin embargo, no podía olvidar la visita nocturna del viejo Fasher.

—¿Qué te preocupa, Shirley, en qué piensas?

—No sé, no me gusta oírlos, me ponen nerviosa. No he podido olvidar todavía lo que ocurrió, el lobo que mató a Philip y...

—¿Y qué? —inquirió él acercando su rostro al de la joven, clavando sus intensos ojos color miel en los verdes de Shirley, como si pretendiera hipnotizarla.

—¿Cómo es que hay tantos lobos, Peter, cómo es que hay tantos?

—A veces se producen encuentros de varias manadas —trató de explicar—. Entre ellos tienen sus códigos sociales por los que se rigen y el que no los respeta, tiene que defenderse por que es atacado. Se respeta la jerarquía, se respeta al más fuerte.

—El lobo que me atacó era muy grande. ¿Puede estar entre esos de afuera?

—¿Quién sabe? Pueden haberse concentrado para rendirle pleitesía.

—Explicas las cosas de una forma que me da miedo.

—No temas, no te ocurrirá nada.

—¿Te das cuenta, Peter? Si abriéramos la puerta, todas esas fieras saltarían sobre nosotros.

—Tranquila. Tú y yo solos junto al fuego de esta chimenea estamos seguros —arrojó al hogar otros leños que avivaron las llamas. Luego, sin mirarla, como avergonzado de lo que decía, comenzó a hablar—: Llevo mucho tiempo solo, son demasiados años de soledad.

—¿Soledad? Siempre tienes el palacete con gente, parientes, amigos y los artistas que proteges.

—La soledad puede doler en el corazón aunque estemos rodeados de personas. Muchos están conmigo porque les pago bien, gracias a mí pueden desarrollar su arte o complacer sus vicios. Yo deseo tener una mujer, unos hijos, quiero tener una familia.

—Pues, para un hombre como tú, eso no ha de ser nada difícil. Eres guapo, un aristócrata, tienes fortuna.

—No es tan fácil.

—¿Por qué?

—He de enamorarme de una mujer, es imprescindible que yo la ame y que ella me ame a mí.

—Eso no ha de ser nada difícil —insistió manteniendo su rostro cerca de él, como esperando que la besara en los labios y así olvidar la tenebrosa sinfonía de los aullidos de los lobos que rodeaban la casa.

—También ha de amar el fruto de la semilla que yo ponga en su vientre.

—De eso podrías estar seguro.

—Shirley, ¿tú lo amarías, fuese como fuese? —preguntó nervioso.

—Sí, Peter, lo amaría. Yo no podría odiar jamás nada que saliera de mis entrañas y menos si era hijo tuyo.

—¿Fuera como fuese? —insistió, temblándole los labios.

—Sí, fuera como fuese.

—Te amo, Shirley, te amo...

La besó en los labios. Ella se entregó a la caricia mientras sus sombras se proyectaban contra las paredes adoptando formas cambiantes como las llamas que brotaban de los leños en combustión.

—Tienes que casarte conmigo, Shirley, tienes que casarte conmigo.

La joven enloquecía de amor por el duque de Vollmond. Se sentía como embriagada y no había la más mínima resistencia hacia él, ni en su cuerpo ni en su espíritu.

Estaban solos en aquella casa perdida en medio de los bosques europeos y cuanto él quisiera tomar de ella, podría conseguirlo mientras la tenebrosa sinfonía de los aullidos de los lobos proseguía.

Las horas fueron transcurriendo.

Peter le juró amor eterno cientos de veces y los oídos de la mujer dejaron que las palabras de aquel hombre que la dominaba y seducía se filtrasen hasta lo más hondo de su ser.

Los leños duraron sobradamente hasta que la luz comenzó a clarear en las ventanas altas de aquella mansión antigua y bien conservada.

Shirley, que se hallaba tendida junto a la chimenea al lado de Peter, miró hacia los altos ventanales y luego escuchó con atención.

—Se han ido.

—¿Quién?

—Los lobos, ya no aúllan, se han ido.

CAPÍTULO IX

A Shirley le parecía que el mundo era ya diferente, más bello y luminoso.

Peter le había pedido que se casara con él y ella había aceptado. Jamás antes había pensado que llegaría a encontrar un hombre para entregarse a él en cuerpo y alma, un hombre joven, elegante y apuesto.

Le habían hablado mal de él, pero podía tratarse de una pesadilla de alguien que le odiaba. Fasher tenía que odiarle, eran muy distintos.

—Papá, ¿me oyes bien? Papá, soy Shirley —dijo tras conseguir la conferencia con los Estados Unidos—. He encontrado una casa que está muy bien conservada y que se podría trasladar piedra a piedra a los Estados Unidos, pero tendría que llegar hasta ella un equipo de expertos y hacer su dictamen. A mí, en principio, me parece bien.

Hablaba con alegría y su padre se contagió del entusiasmo que emanaba de Shirley. La muerte de Philip, incluso su ataque, parecían sucesos del pasado que debían quedar sepultados en un lugar recóndito y olvidado.

—Papá, tengo que daros una gran sorpresa.

En vano trató su padre de sonsacarla, la joven aguantó. Antes de dar la noticia, tenía que concretar más con el propio Peter. Quería saber dónde vivirían, cuándo se casarían y qué diría su familia.

Quería ir de compras, quería estallar de alegría. Le parecía increíble haber tenido la suerte de conquistar a un hombre tan singular, con tanta personalidad. Era guapo y ya no podía verle vicios ni defectos, porque a cada minuto que pasaba, lo arropaba con más y más cualidades.

—Dios mío, cuando lo vean mis primas y amigas, no podrán creérselo.

Quería arreglarse muy bien para la cena. No habría mucha gente, los artistas y la austríaca Estefanía Nelson, pero sería ya un momento importante. Quería bajar espléndida, que Peter no viera otra imagen de mujer que la suya.

Entró en el aseo y en el lavamanos volvió a descubrir la navaja barbera. Sintió un profundo desagrado, no le gustó la visión de aquel acero brillante y afilado utilizado por un hombre, sin duda para afeitarse, pero se la había descuidado. Era una dejadez imperdonable si sabía que compartía el baño Con una mujer.

Cogió la navaja barbera y con ella se dirigió a la puerta que daba a la otra alcoba, una alcoba en la que no había estado antes y ni siquiera sabía quién dormía allí.

Miró el pomo de la puerta con recelo. Era de metal embellecido con

porcelana. Lo asió decidida a protestar por la aparición de aquella navaja en el lavabo.

Se detuvo en su arranque y optó por golpear con los nudillos de su mano izquierda.

Esperó respuesta y esta no se produjo. No parecía haber nadie tras aquella puerta que seguía siendo un enigma para ella.

Al fin hizo girar el pomo de la puerta y se abrió paso a la alcoba contigua, una alcoba con poca luz y que tenía los cortinajes corridos. Olía a pinturas, a aceites.

Descubrió que aquella alcoba era utilizada como estudio de pintura por Rudolph Borg. Había diversos cuadros y varios caballetes, pero por encima de todos destacaba un cuadro grande, apaisado sobre el gran caballete, un cuadro al que le daba la luz que penetraba a través del cuarto de aseo.

Ahogó un grito al tiempo que se estremecía. Creía haberlo olvidado, pero allí estaba.

El cuadro casi estaba terminado. Era un óleo sobrecogedor, de fondo oscuro, zona de boscaje en la noche a la luz de un plenilunio que podía verse en el propio cuadro filtrándose entre las copas de unos robles.

Allí estaba el gran lobo, no cabía duda, era él.

Shirley recordó aquella cabeza asesina, con los colmillos todavía goteando sangre por haber matado a Philip en el coche.

Aquella bestia de ojos amarillos tenía sus patas delanteras puestas sobre el cuerpo de la propia Shirley, caída de espaldas sobre la tierra, con las ropas hechas jirones, medio desnuda, vencida bajo el poder de la bestia maligna.

Shirley, que no esperaba una reproducción tan fiel de lo sucedido, máxime cuando ella no la había narrado con aquellos detalles que la estremecían y aterrorizaban, se convulsionó. Sintió que las piernas le flaqueaban y todo dio vueltas en su cabeza.

Bruscamente, saltó sobre la pintura y con la navaja barbera le hizo múltiples cortes queriendo destrozar aquella imagen para siempre.

—¿Por qué lo destruye?

Se volvió, todavía con la navaja metida en la tela cortada.

—Nahama...

—Lo volverán a pintar. Él lo quiere sobre la chimenea tal como lo ha visto, presidiendo el salón. Rudolph no tendrá dificultad en volver a pintarlo.

—Yo le diré que no lo quiero, no se lo voy a permitir —dijo muy segura de sí, apartando la navaja de la pintura destrozada.

Frau Nahama se rio levemente.

—Usted no va a imponer nada. Él es quien manda, el duque es el amo.

—Nos vamos a casar, yo seré el ama y no voy a consentir que se

cuelgue esa tela bestial y sucia en el salón.

—¿Bestial, sucia? ¿No fue así como ocurrió? —rezongó despacio, maligna.

—¿Quién le ha dicho tal cosa, cómo se atreve a preguntarme así? ¿Cree que va a seguir en este palacete si me caso con el duque?

—¿Tan segura está de que va a casarse con el señor duque?

—¡Bruja, se arrepentirá!

Antes de que Shirley consiguiera llegar a la puerta, dando por terminada la discusión, Nahama silabeó, haciéndola detenerse en su huida:

—Si quiere, puedo librarla de lo que lleva en sus entrañas.

Se volvió, casi fuera de sí.

—¿Cómo se atreve?

—¿Acaso ha olvidado lo que sucedió con el gran lobo?

—¡No sucedió nada, nada!

—Le repito que yo puedo librarla para siempre de lo que lleva dentro, porque si no, se desarrollará, crecerá y llegará el gran día de dar a luz.

—¡Noooo!

—¿Qué le ocurre, prefiere esperar a ese día para que se sepa de qué es madre?

Shirley miró con infinito odio los ojos grises de frau Nahama, ya que no veía nada más en su rostro, unos ojos fríos e implacables, los mismos que viera en la horrorosa pesadilla.

—Si ha decidido casarse con el señor duque es que le ha prometido amar al fruto que dé su vientre. ¿No es así?

—¡Sí!

El ama de llaves se echó a reír y desapareció entre las sombras de la maldita alcoba.

Shirley, horrorizada, lanzó contra la tela la navaja barbera y huyó hacia su dormitorio.

CAPÍTULO X

Con el mejor vestido que llevaba en su equipaje, Shirley descendió al salón. Había anochecido. La casa olía a cera quemada, a hierbas también quemadas que aromatizaban el ambiente de forma extraña.

La luz eléctrica no existía aquella noche, como si el fluido eléctrico hubiera sido cortado y en su lugar, velas y lámparas de aceite iluminaban la mansión.

La joven americana, preocupada por todos los acontecimientos y recuerdos que la angustiaban, no prestó demasiada atención a la falta de corriente eléctrica. Por otra parte, se había ido acostumbrando después de pasar por aquellas casas pétreas y solitarias, como perdidas en los densos bosques de Centroeuropa.

La mesa larga estaba dispuesta para la cena, pero solo había servicio para dos comensales.

A la cabecera de la mesa, de pie junto a una silla de alto respaldo y madera refinadamente tallada, aguardaba el duque con expresión sombría.

Tras él, la gran chimenea y colgado en la pared sobre la repisa, el óleo hecho jirones por los cortes de la navaja barbera que sin duda pertenecía al descuidado pintor.

Shirley caminó rápidamente hacia la mesa sin llegar a darse verdadera cuenta de toda la situación, sin valorar cada uno de los detalles que iban apareciendo a su vista en el salón iluminado por candelabros.

Antes de que ella pudiera saludar y mucho menos preguntar, fue el propio Peter quien inquirió con voz dura:

—¿Por qué lo has hecho?

Shirley se detuvo como si una gran manaza acabara de apoyarse sobre su pecho, impidiéndole el avance. Se balanceó levemente, como si fuera víctima de un vahído, alzó la mirada y vio el maldito cuadro.

—¡Es horrible! Tú no puedes colgar ahí una cosa semejante para que todos lo vean.

—En esta mansión, el amo y señor soy yo, querida. Soy yo quien decide lo que está bien y lo que está mal.

El primer impulso de la joven fue replicar con acritud y marcharse, así se lo exigía su temperamento, pero sus sentimientos hacia aquel hombre al que amaba la contuvieron. Una réplica dura podía significar la ruptura total y luego ya no habría reconciliación posible, porque él tenía una forma de pensar, decidir y actuar distinta a la suya.

—En ese cuadro estoy yo y la forma en que he sido pintada, me

denigra. Tú querías tener pintada a esa bestia y aunque no comparto tus gustos en este caso, es tu decisión, pero otra cosa es que me exhibas a mí en esa forma, poseída por la fiera.

—Dijiste que me amabas, que amarías todo lo que de mi viniera, que amarías el fruto que llevaras en tus entrañas, generado por la semilla de mi amor.

—Y así es, pero tú eres un caballero y nada hiciste en la casa abandonada. Me respetaste. Hubo caricias pero me respetaste. Esperarás a que se celebre la boda y sabes, sabes que podía haber sido tuya...

Había un sollozo contenido en las palabras de Shirley. De pronto, una carcajada de mujer llenó el salón.

Shirley se volvió y entre sombras descubrió a quién reía. Dos ojos claros, fríos como pedazos de hielo, la observaban con burla infinita.

—¡Nahama! —Se volvió hacia Peter, furiosa—. Tienes que echarla de esta casa. Si voy a ser tu esposa, tienes que echarla a ella.

Frau Nahama dejó de reír, y no porque tuviera miedo de faltar el respeto a alguien. Dejó de reír simplemente porque tenía que decir algo.

—Te respetó, sí, te respetó porque nada podía hacerte. El señor duque de Vollmond solo puede poseer a una mujer una vez en cada luna.

—¡Cállate, Nahama! —exigió el hombre, firme y temeroso a la vez.

El ama de llaves no parecía dispuesta a callarse. Era como un jugador que tuviera todos los triunfos en su mano.

—El señor duque de Vollmond solo puede copular en plenilunio. Si no hay luna llena, es impotente, así fue pactado y así se cumple y se cumplirá.

Airada, Shirley se volvió hacia el hombre e inquirió:

—¡Peter! ¿Qué significa lo que dice esta mujer?

—¡No la escuches!

—Entonces, échala.

Peter se calló y volvió a oírse la diabólica risa de Nahama que siguió diciendo:

—No te preocupes, querida, hoy es plenilunio. Ya ha pasado una luna completa desde que sucedió lo que no has querido recordar en ese cuadro que has hecho jirones.

—¡No quiero oírla, Peter, haz que se calle! —gritó la joven.

—¿No te has preguntado dónde están los demás? Solo hay dos servicios en la mesa, querida.

Shirley observó ese detalle y después, sus ojos miraron interrogantes a Peter.

—Te repito que no la escuches.

—¿Por qué no te obedece, por qué?

—Todos duermen esta noche de plenilunio. Están encerrados en sus respectivas habitaciones, saben que no deben de salir. Todos suponen lo

que ocurre, pero saben que nada deben decir ni comentar porque, de hacerlo, perderían el favor del agradable, del apuesto, del generoso señor duque de Vollmond. Siempre ha sido así a lo largo de la historia. Los poderosos que han cometido desmanes y abusos de autoridad, hechos sangrientos y despiadados, ha sido con el conocimiento y beneplácito de otros que han preferido callar diciéndose a sí mismos que eso no era cosa suya, que nada tenía que ver con ellos, pero son cómplices, lo son porque saben lo que sucede y callan, duermen sus conciencias porque tienen miedo.

—¿Qué dice Nahama? No entiendo nada...

—Te he pedido que no la escuches. Debes de amarme por encima de todo. Solo tu amor puede salvarme, Shirley, solo tu amor. No la oigas a ella.

—¿Por qué no ha de oírme? —rebatió frau Nahama—. ¿Acaso no es mejor que conozca la verdad?

—¿Qué verdad? —preguntó Shirley volviéndose hacia ella que seguía distante, entre las sombras que formaban las velas encendidas, destacando aquellos ojos gélidos que parecían emular el resto de su cuerpo.

—El señor duque solo puede hacer el amor en plenilunio. Ya te lo he dicho, querida, solo en plenilunio, como esta noche en que en un cielo raso y despejado va a lucir la luna llena en todo su esplendor.

Shirley intuía algo horroroso pero no quería confesárselo a sí misma. Tenían que decírselo otros para no creer que se hallaba inmersa en una pavorosa pesadilla de la que difícilmente podría escapar. Temía caer en un pozo de locura del que ya no saldría jamás.

—Nahama tiene razón. Solo puedo hacer el amor en plenilunio, solo entonces tengo el poder viril suficiente, pero esto se acabará en el momento en que la mujer que dé a luz un hijo mío lo ame. Entonces volveré a ser normal. Los años vendrán a mí normalmente, tendré una esposa a quién amar e hijos a quienes cuidar y legar la herencia de este ducado.

—¿Un pacto, un pacto diabólico, acaso? —balbuceó Shirley asustada.

De nuevo volvió a oírse la carcajada de Nahama, ahora más fuerte, más dominante, más sarcástica.

—Quiso ser joven y apuesto durante mucho tiempo, conocer mujeres, ser rico y envidiado. Se le otorgó lo que pedía, a cambio de ser fértil solo en plenilunio.

—Peter, yo no entiendo de estas cosas, no entiendo de magias ni brujerías, pero si todo eso existe y tú crees que te salvarás, que volverás a ser normal, que dejarás de ser eternamente joven para ser un hombre como los demás, yo envejeceré a tu lado y te daré hijos que amaré, lo juro, los amaré.

Frau Nahama seguía riendo, mordaz y siniestra.

—Querida, ya te he dicho que solo puede hacer el amor en plenilunio hasta que la mujer que él posea sea fértil, le dé el fruto de esa cópula y ame a ese fruto, tiene que amarlo.

—¡Lo amaré, lo juro, lo juro! ¡Te lo dije, Peter, lo amaré!

Ante el silencio del duque, Nahama insistió:

—Sigues sin comprender, querida. Cuando él puede ser el macho que cubre a la hembra, es en luna llena, sí, pero entonces ocurre algo especial, algo que pronto podrás ver con tus propios ojos porque la luna está saliendo.

Nahama fue hacia el gran ventanal y lo abrió de par en par para que la noche entrara en el salón y con ella, la brillantez de la redonda luna.

—¡Esta noche, no, Nahama, esta noche no!

—suplicó el duque.

—No hay concesiones, señor duque. Seguirá siendo como durante décadas ha sucedido. Ninguna mujer antes ha amado el fruto de tu semilla, dejemos que ella lo intente. Después de todo, está gritando que te ama.

—¡No, Shirley, no, vete, vete ahora que puedes, vete!

—¿Por qué, Peter, por qué, qué sucede? —pregunté gimiendo, intuyendo lo más horrible.

—Nahama quiere que te horrorices de mí, que te alejes corriendo, que me rechaces para que yo siga siendo el duque de Vollmond, esclavo de la maldición que me permite seguir viviendo una eterna belleza y juventud.

—No te rechazaré, Peter, juntos conjuraremos la maldición.

—Aguarda, querida, todavía no has presenciado la metamorfosis. Es plenilunio, no lo olvides. Lo malo es que cuando el duque es fértil, cuando tiene la potencia del macho, deja de ser hombre para convertirse en la bestia.

Shirley se quedó como helada. Lo que su intuición le gritaba y ella se negaba a creer, comenzaba a producirse ante sus aterrorizados ojos.

Al recibir el flujo de los rayos del plenilunio, Peter comenzó su horrible metamorfosis de licantropía.

Se convulsionó y cuando parecía que iba a perder el equilibrio al extremo de la mesa, comenzó a quitarse las ropas. Se desnudó por completo y su cuerpo fue apareciendo cada vez más velludo. El pelo le creía sin cesar.

Shirley vio cómo sus brazos y sus manos se convertían en patas de duras y gruesas uñas. Su cuerpo se encorvaba y su rostro era el que sufría la mayor transformación en medio de atroces sufrimientos, porque Peter sufría psíquica y físicamente.

—¡No, Dios mío, no puede ser! —gritó aterrada al ver ya la cabeza del gran lobo, aquella bestia que jamás podría olvidar. Sus grandes ojos amarillos, sus mandíbulas armadas de gigantescos colmillos.

La bestia resoplaba tratando de hablarle con una voz grave que cada vez se hacía menos inteligible.

—No me tengas miedo, Shirley, no me tengas miedo. Ama al fruto de los dos y no te arrepentirás... No tengas miedo.

De repente, por el gran ventanal, penetró saltando la figura fornida del alguacil Walter Rainen. Su rostro rebosaba una siniestra satisfacción mientras el terrible y gran gancho de plata brillaba en el aire.

—¡Sabía que te encontraría, bestia del demonio, lo sabía!

La metamorfosis de licantropía no había terminado y la bestia se hallaba en franca situación de debilidad. Nada pudo hacer para esquivar al fornido alguacil que, cubiertas sus espaldas por la gran capa de lana negra, semejaba volar con alas de murciélago.

—¡Nooooo! —chilló Shirley fuera de sí.

El gancho describió un rápido recorrido de arriba abajo y se clavó por debajo de la nuca de la fiera hasta asomar por el oscuro paladar.

Un chorro de sangre saltó hacia adelante por entre los colmillos del gran lobo y manchó el níveo mantel de la larga mesa.

El alguacil, que hedía a alcohol, sacó el gancho del cuerpo de la bestia que sangraba por la boca. Sus ojos amarillos seguían fijos en Shirley que sostenía su propia cabeza entre las manos.

—¡Juré que te cogería y ya te tengo!

El temible alguacil giró el cuerpo de la bestia dejándolo panza arriba sobre la gran mesa blanca ya manchada de sangre y con el gancho rasgó la piel de la bestia que entre gorgoteos de sangre, aulló dolorosamente quizás llamando a sus hermanos.

Tras sajar el cuerpo del gran lobo, el alguacil lanzó el gancho de plata hacia el interior para sacarle el corazón. La bestia, en un postrer esfuerzo, propio del lobo que no se declara vencido hasta la mismísima muerte, lanzó una feroz dentellada con sus enormes colmillos al cuello del alguacil que se había inclinado para concluir su proeza de arrancarle el corazón.

—¡Aaaaaaggg!

Un pedazo de cuello del alguacil quedó entre las fauces del animal que dobló su cabeza para siempre. La sangre del hombre salpicó en derredor mientras él caía al suelo, pero en su gancho estaba ensartado el corazón de la bestia.

EPÍLOGO

Ocho meses más tarde...

Hospital del Monte Sinaí, U.S.A.

El médico suspiró, apenado, para decirle a la enfermera ayudante:

—Nada se ha podido hacer por salvar la vida de la madre. Ha sido un mal parto, se veía venir. Nunca asimilaré bien la muerte de una madre en el trance de dar a luz.

—Pero, el niño se ha salvado, doctor.

—Sí, una vida por otra. Se lo entregaremos a los abuelos, pobres viejos. Esta mujer parece que tuvo un desliz y lo ha pagado muy caro.

—Doctor, fíjese qué ojos tiene el niño... Son de color miel, pero según como les da la luz, parecen amarillos.

F I N


SALOON
PISTOLEROS
NUESTRAS COLECCIONES


ESPUELAS


escalofríos de
TERROR



SUCESOR DE LOS GRANDES MAESTROS DEL TERROR EDGAR ALLAN POE Y LOVECRAFT, ESCRITORES QUE JAMÁS CAERÁN EN EL OLVIDO AUNQUE SUS CUERPOS YA ESTÉN MÁS ALLÁ DE LA MUERTE. RALPH BARBY MANTIENE VIVO ESTE GÉNERO CLÁSICO E INMORTAL, PORQUE EL SER HUMANO SIEMPRE TENDRÁ MIEDO A LO QUE IGNORA, A ESOS SERES QUE QUEDAN AL MARGEN DE LAS DIMENSIONES CONOCIDAS.

AUTOR DE TÍTULOS ESTREMECEDORES, RALPH BARBY SEGUIRÁ PROPORCIONANDO A SUS LECTORES NUEVAS HISTORIAS A TRAVÉS DE ESTA COLECCIÓN ESCALOFRIOS DE TERROR, UNA EXCLUSIVA DE EDICIONES OLIMPIC S.L., PORQUE ESTREMECERNOS DE MIEDO ES UN PLACER QUE NOS HACE SENTIR MÁS VIVOS.

Ediciones Olimpic, S.L.
Apdº Correos 9428
08080 - Barcelona

P.V.P. 90 Pts